

CUADERNOS ESIN



IDEOLOGIA Y POLITICA

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE **5**

EDICIONES INC

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE.

I.N.C.

Wijnhaven 25, 2e.verd.

3011 WH Rotterdam.

NEDERLAND.-

CUADERNOS ESIN

FERNANDO MIRES, Doctor en Ciencias Económicas de la Universidad de Oldenburg y docente de la misma universidad. Fué profesor del Instituto de Sociología de la Universidad de Concepción, Chile.

RICARDO SIDICARO, sociólogo en la Universidad de Buenos Aires, doctorado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, actualmente investigador del Centre de Recherche sur l'Amérique Latine et le Tiers Monde de Paris, Francia.

TESIS EN TORNO DE LA REVOLUCION CUBANA.

Fernando Mires

1.- La revolución cubana fue inicialmente una revolución democrática y popular. Fue una revolución democrática porque su objetivo inicial consistió en el derribamiento de la dictadura militar de Batista. Fue una revolución popular porque para el cumplimiento de ese objetivo logró agrupar a la mayoría del pueblo. Con el término pueblo designamos al conjunto de clases explotadas y oprimidas de la sociedad cubana, sin hegemonía específica de una clase en particular.

2.- La revolución cubana no surgió de una insurrección proletaria. Si bien el proletariado cubano participó como clase en la lucha contra la dictadura de Batista, nunca ejerció hegemonía sobre el conjunto de clases y fracciones de clases que se movilizaban frente al régimen. Que el proletariado no hubiera ejercido hegemonía ni conducción sobre el resto de las clases explotadas y oprimidas de la sociedad se explica fundamentalmente a partir de dos razones: a.- Su escaso desarrollo cuantitativo, especialmente en lo que se refiere al proletariado industrial. b.- Su encuadramiento organizativo de tipo "economicista" que determinó que por lo menos fracciones importantes de la clase se constituyeran en "clientes" de los más diversos regímenes y movimientos, incluso de dictaduras militares. El proletariado sólo fue un apoyo estable para la revolución cuando el 26 de julio de Fidel Castro había ganado la guerra. No fue la participación del proletariado lo que determinó el triunfo militar sino que el triunfo militar lo que determinó la participación del proletariado. Hasta la toma del poder por parte del 26 no se observa ningún germen de poder alternativo de carácter proletario.

3.- La revolución cubana tampoco puede ser considerada como una típica revolución campesina (como la china por ejemplo). Si bien el escenario de la lucha militar se encontraba en la sierra, y que a la guerrilla se incorporaron

destacamentos de campesinos y contaba con el apoyo logístico de sectores del campesinado, el objetivo fundamental del movimiento era activar a través de la lucha en el campo al movimiento de masas urbano con el fin de convocar a una huelga general de carácter insurreccional. El campesinado se incorporó como clase después de la toma del poder, cuando la revolución dictó las primeras medidas agrarias. De la misma manera como no encontramos un poder proletario, tampoco sería legítimo hablar de una "larga marcha" campesina hacia las ciudades.

4.- El heterogéneo movimiento democrático y popular que cristalizó en Cuba, agrupaba en lo esencial a sectores modernizantes de la burguesía industrial, a la mayoría de la pequeña burguesía y de las capas medias, sectores del proletariado urbano e industrial, campesinos pequeños propietarios y sin tierras, proletariado agrícola, trabajadores independientes y subproletariado urbano y rural. Este heterogéneo movimiento popular se articuló como fuerza histórica, es decir como pueblo, en el Movimiento 26 de julio, cuya dirección era ejercida por Fidel Castro, representante en ese período de una fracción intelectual y políticamente radicalizada de la pequeña burguesía.

5.- El M26J, vanguardia política del período insurreccional era también un movimiento social y políticamente heterogéneo. Desde un punto de vista organizativo puede ser considerado como una mezcla de movimiento y partido o como el núcleo de un frente único de clases explotadas y sectores democráticos, o simplemente antibatistianos. Debido al carácter militar que asume la lucha de clases su organización era vertical. Fue antes que nada la principal fuerza de integración popular, o el punto de confluencia política de diversas corrientes e intereses de clase. Precisamente por ello su programa de acción era tan amplio y en cierta medida difuso, pues de otra manera no hubiera podido articular un movimiento tan heterogéneo. Tal heterogeneidad explica que el caudillo, es decir Fidel Castro y su fracción pequeña burguesa radical, se convirtiera en un punto de convergencia que debe administrar, arbitrar y personificar en las enormes diferencias y contradicciones que presupone una alianza social y política tan amplia.

6.- El M26J procedía por otra parte de la más profunda tradición política cubana. Surgió inicialmente como ala izquierda del Partido Ortodoxo (1955) el que a su vez había surgido como fracción de izquierda del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) (1947) máxima encarnación del populismo cubano, heredero del partido del mismo nombre de José Martí y de las tradiciones revolucionarias de los años treinta contra la dictadura de Machado. El M26J procede de dos vertientes históricas: a.- La lucha democrático-republicana, latente desde los mismos tiempos de la Independencia, b.- La tradición populista o movimientos de masas amplios con conducciones pequeña burguesas o burguesas. El M26J se

conformó prácticamente como el ala izquierda de la democracia republicana o como la expresión más radical del populismo cubano.

7.- En el M26J encontramos un rasgo específicamente cubano imposible de trasladar a otros países latino americanos y que tiene que ver con las particularidades de la historia de Cuba. Pues a diferencias con los demás países del continente, no se observa en Cuba una ruptura de continuidad entre las luchas de independencia respecto a España y los futuros movimientos sociales y políticos. Esto se debe a que la emancipación de Cuba se consumó recién durante los comienzos del siglo XX, es decir, fue una independencia tardía. Pero precisamente su carácter tardío hizo de esta independencia un hecho más progresivo que en los demás países, pues tuvo lugar en la época de inicio del desarrollo capitalista en el país. Ello significó que la independencia no fue sólo obra del grupo minero y agroexportador criollo como en el resto del continente, sino que participaron además en ella, sectores ya explotados por el capital e incluso, el propio naciente proletariado cubano. Se formaría así un bloque democrático-popular, siempre latente en la historia cubana, el que cristalizaría en distintos períodos bajo diversas formas, preanunciando (como durante los años treinta) una potencialidad antimperialista. Tanto en las gestas martianas de la independencia como en las gestas antidictatoriales contra Machado se inspiraría el M26J y naturalmente, Fidel Castro.

8.- Conjuntamente con su especificidad cubana el M26J se inserta por otra parte en la tradición populista latino americana. Como muchos otros movimientos similares en el continente el M26J es expresión política de tipos de movimientos sociales que no corresponden a las definiciones clásicas de movimientos de liberación nacional, o democrático burgueses, o proletarios, o campesinos, aunque contengan rasgos de uno o de otro. La existencia de este tipo de movimientos es una constante en la historia de América Latina, y si es difícil caracterizarlos es porque no se ha hecho hasta ahora una caracterización de las clases concretas y no supuestas que existen en los diferentes países.

Los partidos populistas burgueses o pequeña burgueses han interpretado transitoriamente las reivindicaciones nacionales y democráticas de estos vastos movimientos populares, en ausencia práctica de conducciones revolucionarias. El M26J captó también la existencia de este tipo de movimiento social en sus particularidades específicas, pero, y ésta es una diferencia con los demás partidos populistas latino americanos, en el marco de una lucha democrático armada, expresión de un alineamiento frontal de las fuerzas sociales. El linaje populista del M26J es indesmentible, pero se trata de un populismo extremadamente radical que se explica por la radicalidad de la lucha en un punto determi-

nado de la historia de Cuba.

9.- Al caracter democrático de la revolución en su fase insurreccional se le agregó un caracter nacional cuando ya desde el poder la dirección revolucionaria planteaba las primeras medidas antimperialistas. Estas, se centraban principalmente en las reformas agrarias en tanto la mayor parte de las tierras productivas se encontraban en posesión de compañías y empresas norteamericanas y porque los latifundistas locales se encontraban vinculados al capital extranjero a través del sistema de exportación de la agricultura cubana. Las reformas agrarias no siendo extremadamente radicales encerraban un enorme potencial antimperialista y en la medida en que el capitalismo cubano no era más que una prolongación del imperialismo, encerraban también un enorme potencial anticapitalista. Esta dualidad entre antimperialismo y anticapitalismo no es posible generalizar a todos los países latinoamericanos (por ejemplo la nacionalización del cobre en Chile fue una medida antimperialista, pero no anticapitalista). No se podía hacer una revolución en Cuba sin una reforma agraria, no se podía hacer una reforma agraria sin lucha antimperialista, no se podía hacer lucha antimperialista sin lucha anticapitalista. Es por ello que en torno a la cuestión agraria se delimitaron los términos del enfrentamiento social. Así se explica que al bloque proimperialista se hubieran incorporado sectores que habían luchado contra Batista y al bloque antimperialista se hubieran incorporado sectores que no habían tenido una participación relevante en la caída de la dictadura.

10.- Las reformas agrarias trajeron consigo un veloz desplazamiento en la correlación política de fuerzas. Los dirigentes del nuevo Estado no eludieron los términos del enfrentamiento apoyándose en el campesinado sin tierras y en los pequeños propietarios, así como en el proletariado agrícola. De este modo, el campesinado se incorporó por primera vez, como clase, a la lucha política. El caracter agrario que asumió la revolución en ese período condicionaba su caracter antimperialista y viceversa. Paralelamente, la reforma urbana ganaba a importantes sectores de las capas medias y de la pequeña burguesía, además de los trabajadores urbanos. Así se entró a la fase de consolidación del bloque social revolucionario, cuya dirección residía en el Estado cuya mayor representación ya no se expresaba en el M26J sino que simplemente en el Ejército Rebelde.

11.- Durante el período de directo enfrentamiento con el imperialismo, Fidel Castro, como caudillo debió cubrir el espacio que no había podido cubrir una organización política o una burocracia, o una clase políticamente organizada. El único soporte institucional en ese período era el Ejército Rebelde, el que por su propia naturaleza no podía cumplir las funciones de representación política en el Estado. Así, el Estado, se encontraba reducido a su más primaria expresión, la militar. De ahí que comenzara a plantearse con

urgencia la necesidad de una organización política que articulara al movimiento de masas con el nuevo Estado. Fue entonces cuando empezó a configurarse la alianza entre el ala izquierda o antimperialista del antiguo 26 con el Partido Comunista (Partido Socialista Popular). O dicho en otras palabras: la alianza entre la pequeña burguesía radical representada en Fidel Castro que a su vez reflejaba los intereses generales de un enorme pero a la vez desorganizado movimiento de masas, con un partido obrero extremadamente organizado, con cierta base sindical, pero sobre todo, con una importante representación internacional. A través de la alianza entre el ala izquierda del 26 y los comunistas se buscaba unir la dimensión popular de la revolución con la dimensión obrera, pues el 26 era un movimiento popular no proletario y los comunistas un partido proletario no popular.

12.- La necesidad de erigir un poder político centralizado se volvía más imperiosa en tanto el movimiento sindical organizado, especialmente aquel que agrupaba al proletariado industrial, comenzó a plantearse en función de sus específicos intereses de clase los que frecuentemente entraban en contradicción con los de las demás clases explotadas del país. O dicho en otros términos, la existencia de un poder político central como el que ya comenzaba a configurarse amenazaba la existencia de la burocracia sindical que a su vez contaba con el apoyo de importantes sectores del proletariado industrial en la medida en que la burocracia había cumplido no sólo la función de despolitizar a la clase durante los regímenes dictatoriales y republicanos, sino que además había obtenido un nivel de ventajas importantes para ella. Se produjo así una alianza entre la derecha del 26 con sectores que representaban determinados intereses del proletariado industrial. La alianza del ala antimperialista del 26 con los comunistas apoyada en el Estado, entró a ocupar, no siempre por vías democráticas, el papel de la antigua burocracia sindical, subordinando las organizaciones obreras al poder central, o estatizándolas. La consolidación de la revolución democrática, popular y nacional, pasaba por la pérdida de independencia económica, y en gran medida política, del proletariado industrial. Lo dicho no es una crítica, es una señal indesmentible del carácter no proletario de la revolución. Aquello que tenía lugar en Cuba era un paradójico proceso de "toma del poder" de la clase obrera por parte del Estado.

13.- Tanto a nivel nacional como en el marco sindical la contradicción entre la lucha antimperialista con aquellos sectores que buscaban mantener las relaciones de dependencia tradicionales, se proyectaría ideológicamente en la cuestión de los comunistas. Los sectores proimperialistas en nombre de la mantención de la democracia exigían la erradicación de los comunistas tanto de los puestos públicos como de los sindicatos. Tal exigencia significaba el total alineamiento político y económico al lado de USA y en conse-

cuencias la total liquidación de la fase nacional de la revolución. De ahí que Fidel Castro, percibiendo la realidad que se escondía detrás de la cuestión de los comunistas, se decidió a defender a éstos. Los comunistas así, sin que se lo hubieran propuesto y sin que hubieran hecho demasiado por la caída de la dictadura de Batista, se vieron de pronto convertidos en un eje de definición política nacional. Pocas veces la historia le ha hecho un mejor regalo a un partido político.

14.- El PSP no era el partido de vanguardia del proletariado cubano, aunque era un partido obrero, y a nivel sindical mantenía algunas posiciones importantes. En su historial no se diferenció demasiado de la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos que por lo general han navegado a contracorriente de los acontecimientos políticos reales. Surgido de las tendencias democráticas que tenían lugar durante los años veinte, especialmente en el movimiento estudiantil, fue obligado a "proletarizarse" prematuramente por la Internacional Comunista. (Por eso, su fundador Julio Antonio Mella, estudiante, no pudo ser nunca secretario general del partido). En la insurrección antimachadista de los años treinta, desarrolló una política sectaria y ultrazquierdista llamando a formar "soviets" proletarios, aislándose de las masas y contribuyendo a dividir al movimiento popular y a crear las condiciones de inestabilidad para el gobierno popular democrático de Grau San Martín-Guiteras (1933-34). Durante los años del "gran viraje" propiciado por Stalin llegó a formar parte del primer gobierno de Batista con dos ministerios. Como la mayoría de los partidos comunistas centroamericanos fue influido durante ese período por el partido comunista norteamericano en una política que no sólo no era antimperialista sino que proestadounidense. Todo ello fue minando su prestigio ante las masas facilitando las condiciones para que predominaran las organizaciones burguesas populistas. Durante el segundo gobierno de Batista sustentaba una política de Frente Unido, en base a la concepción de una revolución democrática burguesa, antifeudal y antimperialista. Dentro de ese marco descalificó el asalto al cuartel Moncadá llevado a cabo por Fidel Castro y los fundadores del 26. No participó más que en el último período en la lucha guerrillera y sólo de una manera formal. No apoyó el primer llamado a una huelga general hecho por el 26 (abril de 1958) ni formó parte del amplio espectro de alianzas políticas que contrajo el 26 desde la sierra.

15.- La alianza entre el ala antimperialista del 26 con el PC, más otros grupos políticos secundarios, se constituyó en un partido de Estado de transición conformado en la ORI (Organizaciones Revolucionarias Integradas). La incorporación de los comunistas no sólo se hacía necesaria por el grado de disciplina y organización que poseían, o por su posición antimperialista, sino que sobre todo, a que en el medio de sus conflictos con USA, era indispensable pa

ra Cuba el apoyo político, y sobre todo económico, de la URSS, lo que difícilmente podía ser alcanzado sin una determinada participación de los comunistas en el gobierno.

16.- Dentro de la ORI se desencadenaría una abierta, o tras veces sorda lucha entre las distintas tendencias políticas de la revolución. Los comunistas desarrollaron una política sectaria destinada a desplazar las fuerzas que proveían de la revolución democrática popular. A diferencia de lo que había ocurrido en los sindicatos donde Fidel Castro (el Estado) se había apoyado en los comunistas para desplazar a la burocracia sindical, esta vez tuvo que apoyarse en las fuerzas democrático-populares para bloquear el avance de los comunistas. Así se crearon las condiciones para una transformación interna del PC, quedando así éste subordinado al nuevo Estado.

17.- La actitud sectaria de los comunistas obedecía en lo fundamental a su propia concepción del proceso y no a errores individuales como se hizo aparecer (sectarismo de Escalante) aunque éstos sin duda existieron. Los comunistas concebían al 26 y al propio Fidel como la expresión radical de la burguesía nacional. Desde el instante en que la revolución comenzó a comprenderse como socialista, pero sobre todo desde el momento en que la URSS aceptó a Cuba como tal, los comunistas dieron por liquidada la etapa "democrático-burguesa". En tanto ellos se suponían los representantes del proletariado cubano y en tanto suponían que la URSS era representante del proletariado mundial, consideraron que había llegado el momento de desplazar a los representantes de la burguesía nacional, vale decir a todos aquellos que no eran comunistas. El único detalle que olvidó Escalante (entre otros) y ahí reside su "error" político, fue que más allá de sus conspiraciones no había existido ni existía ninguna insurrección proletaria. Los comunistas sólo se apoyaban en sus aparatos. En cambio, los para ellos, representantes de la burguesía nacional, se apoyaban verdaderamente en las masas. De tal modo, "el partido marxista leninista" que surgiría desde la ORI se erigiría sobre la crisis del "partido marxista-leninista", fenómeno histórico inédito.

18.- El "partido marxista-leninista" cubano no surgió en contra o independiente al Estado como había sido el caso del "partido marxista-leninista" de Lenin, sino que surgió desde el Estado, tomando desde un comienzo la forma de partido-Estado y unido, en consecuencias, indisolublemente, a la existencia de ese Estado. Desde un punto de vista ideológico el "partido marxista-leninista" aparece como la consecuencia lógica y natural de una revolución, la cual se había desarrollado, según se suponía, por los cauces proletarios y socialistas. El partido marxista-leninista de Estado apareció entonces como la "coronación" superestructural de la revolución socialista. Pero desde un punto de vista práctico, tal partido es fundamentalmente una organización de funcionarios ideológicos, tecno y burocráticos, cuya fun-

ción objetiva era establecer la articulación organizativa y jerarquizada entre el movimiento de masas, algunas de sus organizaciones y el poder central. El "partido marxista-leninista" cubano es un aparato de Estado que tiende a la integración ideológica, económica y militar de las diferentes organizaciones subalternas, pero al mismo tiempo a reproducir otras destinadas a lograr el equilibrio entre el poder del Estado y la "sociedad civil".

19.- Las transformaciones sociales, antimperialistas y anticapitalistas, agudizaron los conflictos con USA. El boicot económico, y sobre todo, la permanente posibilidad de una agresión militar norteamericana, no dejaron a Cuba más posibilidad que buscar apoyo en el bloque soviético. Si la revolución debía realizarse tenía necesariamente que renunciar a ser parte del bloque hegemónico por USA, y para ello, tenía que apoyarse en el otro bloque mundial. Dada la correlación mundial de fuerzas existentes en ese período, la revolución no tenía ninguna otra posibilidad de sobrevivencia. Cualquiera disquisición ideológica no puede olvidar esa realidad concreta.

20.- La autocomprensión de Cuba como país socialista debe ser analizada entonces dentro de ese marco internacional. Independientemente a que los soviéticos hubiesen preferido a Cuba dentro del contexto de los países "no alineados", para los cubanos, su pertenencia integral al bloque soviético era una cuestión de vida o muerte (Fidel Castro declaró a Cuba como socialista poco antes de la invasión norteamericana). La vulnerable posición de Cuba en los terrenos económicos y militares no podía defenderse con simples declaraciones de amistad. Latinoamérica está llena de ejemplos que muestran como regímenes que han planteado una independencia relativa frente a USA fueron objeto de intervenciones indirectas y directas. Para sobrevivir, incluso físicamente, los cubanos debían tener todas las garantías del otro bloque mundial, y ello sólo podía lograrse ingresando a él con todos los deberes y derechos de los países que lo componen. Así, la revolución se declaró socialista, independientemente a que no hubiese sido proletaria ni tuviera como serlo en un futuro inmediato, e independientemente a que a nivel local e internacional estuviesen dadas las condiciones para pasar a esta etapa histórica superior. El "socialismo" en Cuba no sólo surgiría como ideología de integración nacional, sino que además como cuestión de seguridad nacional. Eso no impide que la dirección de la revolución pensara que Cuba ya era verdaderamente socialista. Pero ese es el lado subjetivo del problema.

21.- El desplazamiento de Cuba en el terreno internacional fue posible sólo a partir de un particularísimo momento en la correlación internacional de fuerzas. Todavía se vivían los últimos instantes de la "guerra fría" y esto significa que el espacio internacional no estaba del todo estabilizado, existiendo una serie de "zonas móviles". El

traslado de Cuba de un bloque a otro, entregaba inesperadamente a la URSS un punto de apoyo geoestratégico envidiable, nada menos que una isla a pocas millas de los EEUU. Geopolíticamente visto (y la geopolítica es la ideología dominante de la política internacional soviética) Cuba podía ser para USA lo que Taiwan para China. Esta parece ser la razón fundamental que explica el por qué los rusos arriesgaron un fuerte desequilibrio en las relaciones internacionales, independientemente a que puedan encontrarse muchas otras razones secundarias. Incluso, como en definitiva ocurrió, la pertenencia de Cuba en su "zona de influencia" dejaría a la URSS en mejores condiciones para negociar con USA en otras áreas del mundo (sudeste asiático, medio oriente).

22.- Llegado este punto es un problema de decisiva importancia teórica y política discutir si las transformaciones que han tenido lugar en Cuba en el plano nacional como internacional son suficientes como para calificar al país de socialista. Nos referimos por supuesto, desde el punto de vista de una concepción marxista del socialismo. Pues si hoy se habla de una crisis del marxismo, es porque se percibe, sobre todo en el terreno de la práctica una no correspondencia entre la significación de los conceptos y las realidades que pretenden designar. Así, es ineludible retroceder al concepto original marxista de socialismo. No se trata por supuesto de negar la realidad en nombre de lo que dijeron los clásicos, ni de santificar a éstos últimos. Pero es esencial por lo menos estar de acuerdo en cuestiones de terminología, sin lo cual ninguna discusión es posible.

23.- Dicho de una vez: Ni en Marx ni en Engels encontramos alguna diferencia entre los conceptos de socialismo y de comunismo. Generalmente emplearon los dos términos indistintamente para designar aquella sociedad que resultaría de las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción en los países de más avanzado desarrollo capitalista. La diferenciación entre comunismo y socialismo la encontramos en ellos (y sólo a veces) aplicada a las designaciones políticas formales, es decir, la designación de comunistas para diferenciarse de las organizaciones burguesas y reformistas que se denominaban socialistas, aunque ello tampoco es aplicado de una manera taxativa puesto que continuamente se entienden ambos como socialistas. Para Marx y Engels el comunismo, o lo que es igual para ellos, el socialismo, debería surgir como consecuencia de las revoluciones proletarias (cuyo epicentro les parecía Inglaterra) en los países donde el capitalismo alcanzara un mayor grado de desarrollo, y en donde los de menor desarrollo, o simplemente no capitalistas, sería cuando más, fuerzas auxiliares de la revolución proletaria-socialista o comunista, en el marco de una revolución mundial de carácter permanente (en ese tiempo europea quería decir mundial). No se encontrará nada en los clásicos que sirva para avalar la teoría del socialismo como

fase inferior del comunismo.

24.- La diferenciación entre una etapa llamada socialista de transición a la sociedad comunista es un producto ideológico (no teórico) de las dificultades objetivas por las que atravesó la revolución rusa. La concepción leninista de las dos etapas es, objetivamente visto, una ideología de legitimación de las políticas de emergencia que los bolcheviques se vieron obligados a implementar en vistas del atraso económico y del aislamiento de Rusia. En consecuencia, no es ni una actualización del marxismo, ni mucho menos un "enriquecimiento", sino que el simple intento de explicar desde el punto de vista del desarrollo del capitalismo a un proceso que estaba condicionado por otras líneas de desarrollo, de lo cual era conciente el mismo Lenin pues hasta la revolución de octubre fue extremadamente ortodoxo para evaluar las posibilidades de transformación de Rusia, compartiendo el criterio menchevique de que en Rusia, considerada desde el punto de vista nacional, a lo más podía tener lugar una revolución democrático-burguesa. Pero por otra parte, en tanto consideraba a Rusia como un eslabón de la cadena imperialista, las transformaciones no socialistas que experimentara, podían llegar a ser socialistas en el marco de la revolución socialista mundial (con lo cual también era ortodoxo respecto a Marx). Esta última se consideraba como segura, debido a la crisis capitalista, que se suponía final, y en donde el imperialismo y la guerra entre países capitalistas eran síntomas de la total descomposición del sistema. Jamás planteó Lenin la posibilidad de una revolución socialista rusa, aislada de la revolución en los países capitalistas europeos. Ahí reside su principal punto de encuentro con Trotsky.

25.- El socialismo para Lenin sería antes que nada una etapa política de transición en desarrollo al comunismo el que a su vez sería el resultado de la revolución proletaria en los países capitalistas más avanzados. El socialismo sería así sólo una etapa de "espera" en el puro y específico caso de Rusia. Su carácter de transición terminaría con el acoplamiento de la revolución rusa en la revolución proletaria-comunista en los demás países europeos. Si no se producía este acoplamiento el socialismo perdería su carácter de transición y en consecuencia ya no sería socialismo. El socialismo es considerado por Lenin como un régimen político nacional de transición. El comunismo, como un régimen internacional que debe resultar de la revolución proletaria en los países capitalistas más avanzados. El comunismo sería a sí un régimen de producción. El socialismo un régimen político para alcanzar el comunismo en el marco de un país atrasado pero vinculado (supuestamente) a la revolución comunista internacional. Este régimen político de transición -de acuerdo con las adecuaciones que hace Lenin respecto al pensamiento marxista, o lo que es igual, forzando una teoría para que cupiera en una realidad para la cual no fue elaborada- debería poner en desarrollo las fuerzas productivas

bajo la forma de un capitalismo de Estado controlado por el proletariado en la forma de partido apoyado en las masas campesinas, y en los llamados pobres de la ciudad y el campo. Ahora bien, en tanto el acoplamiento entre revolución nacional y revolución internacional no tuvo lugar, la primera etapa, la llamada socialista o de transición, se convirtió en etapa final. La teoría de las etapas de Lenin no se cumplió. En Rusia se originaría en cambio un nuevo sistema económico-político, producto de la primera revolución nacional anticapitalista de la historia en donde el socialismo sólo sería su ideología dominante.

26.- Como es sabido, la teoría del socialismo en un sólo país es una "genial" elaboración teórica de Stalin. A partir de entonces se designarían como socialistas a muchas revoluciones nacionales que tenían lugar en los países de desarrollo capitalista inferior, llegándose a un punto de total contradicción con la concepción del socialismo-comunismo en Marx. El concepto de socialismo etapa inferior del comunismo de acuerdo a la revisión de Lenin a Marx fue elevado durante Stalin a la categoría de modo de producción, y el comunismo quedaría así diferido hacia un futuro no divisible, es decir, desalojado como perspectiva política. El término socialismo pasaría así a designar a la peculiar revolución industrial rusa, a su acumulación originaria, a los millones de campesinos físicamente aniquilados, a un Estado que debía fortalecerse cada vez más, tanto en términos burocráticos como policiales, a la supresión de los derechos sindicales y políticos de los trabajadores, y por qué no decirlo? a los campos de concentración donde millones de personas fueron convertidos en trabajadores no asalariados (esclavismo industrial) y a la constitución de una nueva potencia mundial con una economía deformada y militarizada y con indudables rasgos imperiales. Habiéndose llegado al punto en que la contradicción entre el concepto marxista de socialismo y la nueva realidad era tan flagrante, no quedaba más alternativa que suprimir a Marx. Así, las nuevas burocracias inventaron el término de "socialismo existente y real", con lo que se reducía a Marx a la categoría de socialista utópico y los funcionarios de Estado se auto elevaban a la categoría de socialistas científicos. Dicho en otros términos, la URSS no sólo no es un país socialista-comunista en el sentido propuesto por Marx, tampoco es la sociedad de transición al comunismo en el sentido supuesto por Lenin y los bolcheviques, sino que además es un sistema anticomunista en tanto el comunismo pasa por la destrucción y disolución total del aparato del Estado, el que es la base, el punto de partida y el punto final de la "sociedad socialista existente y real".

27.- De acuerdo con la concepción stalinista, todavía dominante aún en sectores políticos que se consideran no anti stalinistas, por socialismo se ha llegado a entender la estatización y nacionalización de los medios de producción más la colectivización de la fuerza de trabajo. De un

término que surgió para designar la culminación de la revolución proletaria mundial, pasó a designar las revoluciones nacionales de Estado o simplemente el total predominio del Estado sobre sociedades que ni siquiera pasaron por revoluciones nacionales (como algunas democracias populares). Esto trajo consigo una total adulteración de la idea del socialismo, pero, lo que es mucho más grave, una total adulteración de la realidad concreta de aquellas sociedades que se entienden como socialistas.

28.- Es evidente que la designación de Cuba como país socialista no tiene nada que ver con la concepción de Marx del socialismo, ni tampoco con la idea de Lenin en tanto Cuba no se ha acoplado en un proceso internacional de carácter proletario-comunista. Pero, y esto es importante, ni siquiera puede ser designada como socialista de acuerdo a la "idea" stalinista. Pues el stalinismo es fundamentalmente la revolución industrial en un solo país la que sólo era posible a partir de una violenta y rápida acumulación de capitales. Para esto último, se precisaba de una enorme cantidad de mano de obra asalariada y esclavizada y de una enorme cantidad de riquezas naturales y potencialidades energéticas, condiciones que existían en Rusia dado su carácter de país-continente. De más está decir que Cuba es una isla con una economía totalmente dependiente del mercado mundial (que es capitalista).

29.- El socialismo cubano es antes que nada la ideología de integración de un Estado autoritario surgido de una revolución democrática, popular y nacional, que apoyada en uno de los bloques mundiales donde juega un rol predominantemente geopolítico, ha logrado desvincular al país del imperialismo norteamericano, erradicar el hambre, la miseria y el analfabetismo. Desde la perspectiva latinoamericana es un sistema enormemente progresivo (pues no porque una revolución no pueda ser calificada como socialista, deja de ser una revolución). Aquí nos hemos referido al carácter político de esa revolución (democrática, nacional y popular). Falta por analizar el carácter específico del modo de producción que se ha originado a partir de esa revolución. Problema éste que no puede ser resuelto con adjetivos más o menos sino que debe ser el producto del análisis concreto de la realidad concreta. Esto vale para Cuba como también para otras revoluciones nacionales de nuestro tiempo.

30.- Uno de los documentos que mejor expresa el carácter político y social de la revolución cubana es la Segunda Declaración de la Habana (4 de febrero de 1962). En primer lugar allí se considera a la revolución como parte integrante de una revolución latinoamericana la cual se supone que ya está a la orden del día. Si bien se niega que las burguesías nacionales del continente pudiesen tener algún rasgo revolucionario como se planteaba en los programas de la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos, no es levantada, por otra parte, ninguna alternativa de revolución

proletaria o socialista. Según el documento, la revolución latinoamericana deberá poseer un carácter antifeudal (entendiéndose por ello antiterrateniente) antimperialista. En tanto las burguesías latinoamericanas son incapaces de llevar a cabo tales tareas, se plantea como alternativa una alianza entre los intelectuales y la clase obrera. Pero, por otra parte, el documento llama la atención al hecho de que la clase obrera es minoritaria en la mayoría de los países, señalándose que el campesinado sobrepasa al 60 por ciento de la población. De la misma manera se hace especial mención a las capas y clases pobres de la ciudad y del campo, que por lo general se encuentran por debajo del proletariado en la escala de la explotación. Con otras palabras, se habla de una revolución de masas (o revolución popular), de donde es evidente que la realidad cubana es interpretada a través de la realidad de los demás países del continente y viceversa.

31.- En la llamada crisis del Caribe (octubre de 1962) el carácter nacional que había alcanzado la revolución entró ahora en contradicción con la geopolítica soviética (como tantos documentos e incluso palabras de Fidel Castro así lo demuestran). Los cubanos habían concebido su entrada al bloque soviético como la culminación de su independencia respecto a los EEUU. Cuando los rusos retiraron los cohetes que ellos habían instalado en Cuba quedó claro que la independencia nacional de la isla era bastante relativa, y que en una situación de crisis podía ocurrir, como efectivamente ocurrió, que la isla se convirtiera en un simple objeto de transacción entre las grandes potencias y en donde la opinión de los dirigentes cubanos no era muy tomada en cuenta. La pertenencia al bloque soviético no aseguraba la independencia nacional de la revolución, ni frente a USA ni mucho menos frente a la URSS. A partir de esa crisis comienza a observarse un abierto intento cubano para romper el bloque político internacional que encajonaba a la revolución.

32.- El carácter insular de la revolución cubana, su manifiesto aislamiento sólo podía encontrar su compensación con la inserción de Cuba en el ambiente de una revolución internacional. Así, es posible explicarse el marcado carácter internacionalista de la revolución, es decir como un intento por insertarse en nuevos bloques que le permitieran tener una relación más flexible con la URSS y con los propios EEUU. La posibilidad de formación de ese nuevo bloque podía constituirse a través de las revoluciones que tuvieron lugar en los países del Tercer Mundo en general y en los países de América Latina en particular.

33.- El compromiso abierto de la revolución cubana con una eventual revolución latinoamericana incrementó todavía más sus ya perceptibles contradicciones respecto a la URSS. El apoyo cubano a los movimientos revolucionarios latinoamericanos amenazaba crear nuevos focos de tensión internacional que la URSS después de la crisis del Caribe no pare-

cía dispuesta a enfrentar. La política de la coexistencia pacífica, antesala de la actual distensión internacional, pasaba por el reconocimiento tácito de la hegemonía norte americana sobre América Latina. Es a partir de esa estrategia soviética donde hay que explicarse el por qué los PC latino americanos desarrollan una política de colaboración con gobiernos de diferente naturaleza de clase, militares e incluso, y en ningún caso populares. La explicación de la política de los PC como producto de un reformismo intrínseco a ellos es sino falsa, por lo menos insuficiente, y tiende a ocultar la determinación internacional de sus políticas sin la cual sus políticas nacionales no pueden entenderse.

34.- La contradicción entre la geopolítica soviética y el carácter nacional de la revolución cubana se expresó bajo una forma mediatizada en las divergencias del gobierno cubano respecto a los partidos comunistas latino americanos ya que la relación de dependencia económica respecto a la URSS impedía a los cubanos desarrollar una política abiertamente cismática (al estilo de los yugoeslavos frente al stalinismo por ejemplo). Tal contradicción alcanzó su punto más crítico cuando los cubanos se decidieron no sólo a apoyar con todos sus medios a la nueva izquierda que surgía en diversos países al margen y a veces como abierta alternativa a los PC, sino que incluso colaboraron en la formación de nuevas organizaciones, especialmente guerrilleras. Los PC latino americanos consideraron la política cubana como escisionista. Y desde su punto de vista tenían razón. Incluso los cubanos no vacilaron en fundar un organismo que debería cumplir las funciones de una verdadera coordinación de la revolución latinoamericana con sede y dirección en Cuba, la llamada OLAS (Organización Latino Americana de Solidaridad, agosto, 1967). Allí se reconocía como método fundamental de lucha, la guerrilla. Posteriormente, cuando Cuba debió obligatoriamente retornar a su relación dependiente respecto a la URSS, se tendió sobre la OLAS un espeso silencio y naturalmente ella desapareció, no sólo de la política sino que también de la historia. Pero si los cubanos deben olvidar de su propia historia reciente, la amnesia no debe constituirse en ninguna tarea política de las izquierdas del continente. Ello no implica glorificar la OLAS por el sólo hecho de que tuviera un carácter antisoviético. La OLAS es el resultado organizativo de un inmediatismo o voluntarismo político evidente. Pero, por otra parte, tampoco se puede olvidar que tal voluntarismo derivaba de la percepción de los cubanos en el sentido que la revolución latinoamericana se encontraba a la orden del día, y a su vez, esa percepción derivaba de una necesidad concreta y objetiva de la revolución cubana: romper el bloqueo económico por parte de USA y romper el bloqueo político por parte de la URSS.

35.- La polémica, si es que se puede llamar así, entre el gobierno de Cuba y los diferentes PC latino americanos, tomó la forma de contradicción entre la vía armada y la vía

pacífica. Tal contradicción es solamente formal pues no es sólo el carácter armado o no armado de un proceso el que define su carácter revolucionario. Que la polémica hubiera tomado sólo un contenido formal y no uno verdaderamente político se explica por la ineludible relación de dependencia de Cuba respecto a la URSS lo que impedía a la primera llevar a cabo una denuncia a fondo de la política internacional soviética, la que también debe ser una denuncia de la naturaleza no socialista de la sociedad rusa, sin lo cual su política internacional no se explica, aspectos que son ineludibles para entender las políticas de los diferentes PC latino americanos. En el ambiente de esa polémica mediatizada pudieron alcanzar relevancia algunas teorías militaristas (como las del "foco" por ejemplo) que tocaban los simples aspectos técnicos de la lucha, eludiendo deliberadamente los términos políticos nacionales como internacionales de ella.

36.- Precisamente en el hecho de que la Revolución Cubana no hubiese podido abordar políticamente sus contradicciones respecto a la URSS se encuentra la razón del por qué la mayoría de los movimientos latino americanos que surgieron bajo su influencia no hubiesen podido o sabido levantar una política de verdadera diferenciación respecto a los distintos PC, independientemente a los adjetivos con que éstos fueron calificados (colaboracionistas, reformistas, pacifistas, etc.), como también explica la enorme perplejidad que todos ellos tuvieron en materia de política internacional. Los feroces insultos que se proferían mutuamente los PC con los movimientos de inspiración cubana, ocultaron durante mucho tiempo la ausencia de diferenciaciones netamente políticas entre ellos.

37.- Reducidas las diferencias en los simples términos de las tácticas, la ideología que produjo la "nueva izquierda" fue la de un militarismo accionista aplicado al terreno de la política, y militantes heroicos, guerreros, abnegados, pero esencialmente apolíticos, quienes, en ausencia de una teoría política, terminaron rindiendo una suerte de culto a mitos y a valores abstractos y semireligiosos (de origen católico español) los cuales se exacerbaban mientras más grande eran sus derrotas y su desvinculación con el movimiento de masas. La ausencia de crítica a concepciones políticas petrificadas después de tantos años de oscurantismo stalinista, terminaron haciendo reproducir en las nuevas organizaciones estas mismas concepciones, las que además se cruzaban con una jerarquización militarizada derivada de la creencia en el enfrentamiento final. Así, con el correr del tiempo, cuando Cuba se vió obligada a reconocer la hegemonía de la URSS en todos los terrenos, la nueva izquierda, mejor dicho sus restos, sólo logran diferenciarse de los PC en su mayor sectarismo. Los movimientos se han transformado en partidos, los partidos se han transformado en sectas. Pe

ro por otra parte, muchos que han hecho tal recorrido, y han sido capaces de reconocer las derrotas no como hechos objetivizados o remitidos sólo a la cuenta de los errores de los "otros", comienzan a replantearse críticamente frente a ese pasado reciente, paso necesario para la reconstrucción de una izquierda ligada verdaderamente a la política concreta.

38.- La máxima figura de integración para la nueva izquierda latino americana durante los años sesenta, fue el Comandante Che Guevara. El se constituyó en símbolo de la lucha armada en función de la revolución continental. Pero esto no debe hacer olvidar que el Che Guevara era también expresión del momento específico por el cual atravesaba la revolución cubana, y éste estaba signado por la necesidad de apresurar la revolución continental a fin de liquidar el aislamiento de Cuba. Aún más, los últimos escritos del Che expresan ya, nitidamente, una posición de abierta ruptura frente a la URSS. Es a partir de las concepciones políticas del Che que nos debemos explicar su generoso heroísmo y no al revés. Hoy en día cuando los manipuladores de prensa en los países capitalistas, los diversos PC, y las burocracias de los países del "socialismo existente y real" (e incluso en Cuba) hacen tantos esfuerzos por convertir al Che en una especie de santo con fusil, en un mito o en un postern, es indispensable recuperar -y también con crítica solidaridad- sus postulados políticos.

39.- De la misma manera como su inserción en la órbita de una revolución latino americana era fundamental para la sobrevivencia del carácter nacional de la revolución cubana, era también preciso, a nivel local, ir creando las condiciones para alcanzar dentro de lo posible el máximo de independencia económica. Así se puso en marcha en el país una suerte de acumulación originaria basada en las condiciones de exportación cuyo objetivo debería ser el de los 10 millones de toneladas de azúcar para 1970. Así, todos los mecanismos organizativos, todos los estímulos políticos, fueron tensados en esa dirección, con el consiguiente descuido de otras ramas de la producción. Los 10 millones de toneladas serían en lo fundamental el complemento económico de la vía emancipatoria nacional que buscaba Cuba a través de la revolución internacional. Si no se cumplía esta última condición, la vía económica perdería, como realmente perdió, su sentido originario. Faltando el motor político, la meta económica ni siquiera pudo cumplirse. La revolución no había podido surgir en ningún país del continente. La economía estaba totalmente desarticulada. Había que elegir entre las ilusiones y la dura realidad.

40.- El aniquilamiento de la guerrilla, primero la rural, después la urbana, la caída de gobiernos relativamente democráticos, el fin de la Asamblea Popular de Juan José Torres en Bolivia y por último, la derrota del movimiento de masas en Chile de la Unidad Popular, terminaron desvanecien-

do las últimas esperanzas en una inmediata revolución continental. El Estado cubano estaba tan aislado como en los tiempos de la revolución. Los plazos de la revolución latino americana se habían mostrado bastante más largos de lo que se suponía. Los cubanos habían hecho todo lo posible por desencadenarla. Hasta el mejor de sus cuadros entregó por esa posibilidad la vida, en la lejanía de las selvas bolivianas. Pero Cuba seguía siendo una isla. A la revolución cubana no le quedaba más alternativa que sobrevivir, algo que nadie puede criticar. Así, fueron desapareciendo las críticas a la URSS hasta llegar al acriticismo absoluto. El Estado, hubo de reforzar su carácter autoritario sobre el conjunto de la sociedad. La revolución comenzó a institucionalizarse en el estadio que llegó a alcanzar, pero que no era el que los cubanos perseguían. Con el proceso de institucionalización se inició la estamentación de los grupos y las reglas de participación impuestas por el Estado en los terrenos económico y políticos. Medidas muy necesarias, que duda cabe, pero que evidentemente no tienen que ver en nada con la construcción del socialismo. La revolución había triunfado contra el hambre y la miseria -y desde la perspectiva latino americana ello sigue siendo algo por lo que vale la pena luchar- pero más allá no pudo ir.

41.- Pero Cuba no puede renunciar a su carácter tercermundista. Sólo vinculada con otros movimientos de liberación en el resto del mundo puede mantener un mínimo de autonomía y dejar de ser una simple base militar. Sin embargo, también es preciso decir que a diferencias del tercer mundo no complementario a la geopolítica soviética que practicó Cuba durante los años sesenta, durante los setenta, sobre todo en Africa, lleva una política complementaria a la expansión rusa. De este modo en Africa se ha establecido una relación de compromiso entre la URSS y Cuba en donde la URSS a través de Cuba obtiene nuevos puntos de apoyo estratégico, y Cuba, en virtud del apoyo de la URSS establece relaciones con movimientos de liberación nacional. Sin embargo la plena autonomía de la revolución sólo puede realizarse dentro del contexto latino americano.

42.- El estado cubano se encuentra políticamente bloqueado. Y ello implica para amplios sectores de las izquierdas latino americanas, lo siguiente: no se puede esperar conducción ni asignar un rol de vanguardia política a un estado políticamente bloqueado, lo que no quiere decir distanciarse de Cuba, ni renunciar a su siempre probada solidaridad, ni dejar de estudiar las experiencias que arroja su proceso. Sin embargo, antes se pensó que tras la vanguardia cubana la revolución latino americana podía encontrar su curso. Ahora más bien el planteamiento debe invertirse: sólo una revolución latino americana podrá liberar a Cuba de su bloque político. Y eso implica que los futuros procesos ya no podrán seguirse pensando a través del ejemplo cubano, sino que a través de sus propias realidades, como ocurrió en Cuba.

LAS CARACTERIZACIONES CRITICAS DE LOS PAISES DEL ESTE.
ITINERARIO DE UNA PROBLEMATICA.

Ricardo Sidicaro

INTRODUCCION

Con el surgimiento y expansión de lo que globalmente suelen denominarse los países del Este, se inició un largo debate para explicar la naturaleza de las sociedades y de los estados que allí se estructuraban. La polémica, que interesa actualmente tanto a los científicos sociales como a muchos individuos preocupados por la política se encuentra lejos de estar cerrada. A tal punto el problema conserva vigencia que la referencia a los puntos cardinales de la cartografía moderna aparece como la única forma neutra de designar a dichos países.

En este texto nos referiremos, en primer término, a ciertas características del proceso de formación de la sociedad y del Estado soviético, así como a las controversias iniciales suscitadas en torno al mismo. En segundo lugar, sintetizaremos los principales aspectos de algunas de las caracterizaciones críticas sobre las mencionadas experiencias de transformación social. Es decir,

se tratará de sintetizar diversas hipótesis e ideas formuladas en el transcurso de las últimas seis décadas, por autores que ponían en cuestión las interpretaciones oficiales dadas por los dirigentes de esos países. En la mayoría de los casos, guiados por intenciones políticas bien definidas, los autores que citaremos contribuyeron a abrir terrenos nuevos de reflexión, al oponerse a aceptar como realidad indiscutida las opiniones de los grupos gobernantes de esas nuevas sociedades. De esa forma, cumplieron objetivamente con uno de los requisitos metodológicos que recomienda el historiador norteamericano Barrington Moore para acceder a conocimientos científicos en materia social, cuando sostiene que "todo estudioso de la sociedad humana puede hallar en la simpatía por las víctimas de los procesos históricos y el escepticismo respecto a las vanaglorias de los triunfadores las salvaguardias especiales para no quedar prendido en la mitología dominante" (1).

En directa relación con los temas mencionados formularemos, por último, un conjunto de reflexiones sobre lo que consideramos los principales obstáculos y dificultades para conceptualizar la realidad de los mencionados países y algunas consecuencias que se derivan de su análisis.

La invención soviética y las críticas iniciales

"No importa que nuestro aparato estatal sea pésimo, pero al fin de cuentas, está creado, se ha hecho el mayor invento histórico..." (2), en estos términos reflexionaba Lenin en 1922. La invención soviética hacía cinco años que estaba en marcha. La iniciativa transformadora llevada adelante desde el Estado era el componente clave. Más aún, el aparato estatal se propuso crear las condiciones materiales que hiciesen viable lo que los bolcheviques entendían como socialismo. Ya que en virtud de una situación histórica excepcional habían accedido al control del poder político, Lenin sostenía que las iniciativas del nuevo Estado podían crear el grado de nivel socio-cultural que hasta entonces había sido considerado como una precondición necesaria para el pasaje al socialismo (3). Por otra parte, junto con los proyectos de industria-

lización se debía incrementar el peso sobre el total de la población de la hasta entonces porcentualmente poco significativa clase obrera urbana.

Marx no había estimado que sus ideas sobre el cambio social en el Occidente capitalista, podían ser aplicadas a la Rusia de su época. Algunos de sus escritos sobre el tema muestran esa opinión. Las posibilidades inmediatas de una transición al socialismo, tampoco eran sostenidas por ninguna de las distintas tendencias en que se hallaba dividida la socialdemocracia rusa en las vísperas de 1917. Incluso en el pensamiento de los bolcheviques, lo que se preveía como más optimista era una revolución burguesa que impulsara el desarrollo capitalista, disolviese las formas atrasadas de producción y favoreciese el crecimiento numérico de la clase obrera. Esas eran las vías clásicas que estaban en los textos que habían nutrido la ideología de la socialdemocracia rusa de la época. Pocos meses antes de la revolución de Octubre de 1917, Lenin se encontró prácticamente aislado en el seno de su partido cuando, cambiando los planteos que él mismo había sostenido, creyó que no sólo los bolcheviques podían tomar el poder, sino que, además, era posible iniciar un proceso de transición al socialismo en Rusia.

Más allá de las confrontaciones coyunturales, en los hechos de Octubre de 1917 se resolvía la contradicción entre dos senderos teóricos que se habían desarrollado en paralelo. En el marxismo de Lenin, el insuficiente grado de desarrollo alcanzado por el capitalismo ruso y la mínima gravitación social de los sectores obreros industriales, eran problemas que no aparecían cobrando una importancia fundamental. En lo sustancial, sobre un fondo de referencias a las condiciones materiales, la voluntad política, corporizada en un partido de elite asumía el carácter decisivo. Por su concepción de la importancia de las minorías lúcidas y organizadas, Lenin no era sino un nuevo expositor de una ya entonces muy antigua y clásica idea de la acción política, que bajo formas distintas se habían formulado desde los inicios de las reflexiones legitimantes del rol de las elites. La creencia que la "masa" no puede discernir objetivamente las opciones que más convienen a sus

intereses ya había registrado muchas versiones en el capitalismo y en los sistemas socioeconómicos que lo habían precedido.

Los elementos de la teoría leninista del partido son conocidos. En su lugra central, los intelectuales salidos de la burguesía que habiendo accedido al conocimiento científico de la sociedad debían darle desde afuera la conciencia de clase a la clase obrera. Ese partido de "revolucionarios profesionales" debía actuar como una especie de super yo freudiano, que evitase que la clase obrera se dejase guiar por su espontaneidad, ya que la misma no le permitía superar los límites del "reformismo tradeunionista" (4). Ante la evidencia que con el desarrollo del capitalismo surgían sectores obreros, que mejoraban su nivel de comprensión de lo social, y que no por ello coincidían con los "revolucionarios profesionales", se utilizaba para descalificarlos políticamente la noción de aristocracia obrera. De esa forma, se defendía el monopolio de la lucidez política, contra eventuales competidores que podían argumentar su efectivo origen y pertenencia a la clase obrera. En la época de su formulación (1902/1905), las ideas sobre la organización leninista fueron asperamente criticadas por Trotsky y Rosa Luxemburg, que las consideraron como los gérmenes de la sustitución de la clase obrera por el partido que se proponía supuestamente representarla.

En su funcionamiento interno esa forma de partido postulaba una disciplina de tipo militar. En los hechos, las prácticas parecieron ser menos rígidas. Como ejemplo, basta con recordar que en Octubre de 1917, Kamenev y Zinoviev denunciaron públicamente en la prensa extrapartidaria el "aventurerismo" de Lenin y de quienes querían asaltar el poder y, sin embargo, no fueron excluidos del partido. En lo que se refiere al carácter "científico" de los conocimientos elaborados por los bolcheviques, aún dentro de los criterios en que ellos definían la práctica intelectual, no puede sino señalarse que ninguno de los varios miles de individuos que lo integraban realizó aportes que pudiesen compararse por su nivel teórico de abstracción a la obra de Marx o de un contemporáneo de ellos, el húngaro Lukacs.

En febrero de 1917, el partido bolchevique contaba con 23.600 adherentes. La población total de Rusia era de aproximadamente 160 millones de habitantes. El crecimiento del partido comenzó luego de la toma del poder; en 1919 el número de adherentes había subido a 313.000, en 1921 eran 585.000 y en 1922 alcanzaron los 650.000 (5). Los análisis existentes muestran que si bien pudo existir un despertar de la vocación política en sectores que hasta entonces no se habían dedicado a esa actividad, el nuevo partido oficial y muy pronto único, se convirtió en una vía de acceso a ventajas y situaciones de privilegio. Ya en 1919, un miembro del Comité Central hizo referencia a la inclinación por la "corrupción, el robo y los comportamientos irresponsables de una parte de los militantes del partido" (6). En 1922, resolvieron excluir algo más de 150.000 miembros, en la mayoría de los casos por considerarlos simples arribistas (7). Es importante destacar que en 1922, de los 23.600 adherentes anteriores a 1917, continuaba formando parte de la estructura del partido sólo un tercio, el resto había muerto en la guerra civil o abandonado la política (8).

Cabe señalar que mientras la cantidad de nuevos afiliados al partido comunista aumentaba, se producía una franca disminución en el porcentaje de obreros sobre el total de la población rusa. Con la crisis económica que siguió a la revolución, de los 3.500.000 obreros industriales de antes de 1917, se pasó a 1.118.000 en 1922 (9). A la inversa de lo que sucedía con el total de obreros industriales, se incrementaba vertiginosamente el número de funcionarios. En Moscú, sobre una población total de algo más de un millón de habitantes, en 1918 había 231.000 funcionarios del Partido y del Estado (10).

Entre las primeras discusiones que conoció el nuevo régimen, se encontró el problema del control obrero de la producción. La antigua diferenciación entre la clase obrera real y su supuesto deber ser según las ideas de los "revolucionarios profesionales" volvió a ponerse de manifiesto en esta cuestión. Si bajo el capitalismo se veía a los obreros como espontáneamente orientados hacia el reformismo, en la nueva situación se consideró a la ma-

yoría de ellos como naturalmente proclives a la pereza y al desinterés por el trabajo. Para asegurar el desarrollo de la producción mal podía contarse con la capacidad autónoma de organización de los obreros así definidos. El control obrero de la gestión de la producción era visto por Lenin como una consigna del "anarquismo pequeñoburgués". Estimaba, por el contrario, que el atraso y la crisis en la que se encontraba la economía sólo podía superarse asimilando los sistemas de gestión más modernos empleados en la gran industria de los países capitalistas más avanzados. De ese modo, los métodos de Taylor fueron presentados como una forma ideal y neutra política e ideológicamente de organizar la producción (11). En ese dominio no había nada que inventar, ya que todo había sido creado en las empresas de los trusts capitalistas. Al respecto afirmó Lenin, "no se puede crear o instaurar el socialismo sin meterse en la escuela de los organizadores de trusts. Ya que el socialismo no es una invención; sino que es la asimilación y la aplicación, por la vanguardia del proletariado que ha conquistado el poder, de todo aquello que ha sido creado por los trusts"(12). La responsabilidad de un director por empresa, la disciplina aseguraba con "mano de hierro", fueron ideas repetidas con frecuencia por los nuevos dirigentes (13). Trotzky, convertido en uno de los más radicalizados partidarios de los métodos inflexibles, llegó a proponer, sin éxito, la militarización del trabajo y de los sindicatos.

En torno al problema del rol de los sindicatos como expresión autónoma de la clase obrera y de su participación en la organización de la producción, se constituyó la tendencia partidaria llamada "Oposición Obrera" (14). La misma criticó con rigor las posiciones defendidas por los principales funcionarios del Estado, así como lo que caracterizaba como un proceso de creciente burocratización de la vida política, al mismo tiempo que objetaba las ideas militaristas de Trotzky. Fue justamente a propósito de la acción de la "Oposición Obrera" que, en 1921, se decidió prohibir la creación de fracciones internas en el partido gobernante. Desaparecía así la última, y limitada, modalidad reconocida

de pluralismo político que aún existía en la Unión Soviética. En lo formal, la supresión legal de tendencias introdujo en el microcosmos del partido único la modalidad de relaciones que se generalizarían a toda la sociedad, consistente en la existencia de individuos aislados frente a un poder o dirección que se reserva monopólicamente el derecho de organizarse. En lo inmediato, esa prohibición dio como resultado el aumento del personalismo, en la medida que la adhesión a las distintas posiciones ideológicas, pasó a confundirse con el apoyo a los líderes.

La pluralidad de órganos de prensa y de partidos políticos fue suprimida por los bolcheviques en el curso de los tres primeros años de su gobierno. Luego de la derrota que conocieron en las elecciones de representantes a la Asamblea Constituyente (sólo habían logrado 175 diputados sobre un total de 707 electos), las confrontaciones democráticas entre partidos nunca más volvieron a repetirse. La Asamblea Constituyente fue disuelta por la fuerza. El régimen de partido único y los métodos puestos en práctica por el nuevo gobierno, fueron criticados en la época por Rosa Luxemburg, quien sostuvo que "la libertad reservada sólo a los partidarios del gobierno, sólo a los miembros de un partido -más allá de lo numeroso que estos sean- no es la libertad. La libertad es siempre la libertad de quienes piensan de modo distinto"(15).

Ante el incremento de las manifestaciones de protesta de diferentes sectores sociales y políticos, el Estado respondió profundizando las medidas represivas. La lucha ante los ejércitos "blancos" apoyados desde el exterior, constituyó sólo uno de los frentes creados contra el nuevo poder. Al mismo tiempo, comenzaron a organizar su resistencia muchos otros sectores que habían combatido al zarismo, pero que estaban igualmente desconformes con el nuevo régimen. En el ámbito rural, la sublevación dirigida por el campesino anarquista Makhno consiguió, entre 1918 y 1921, mantenerse en diversas regiones de Ucrania, en virtud del apoyo popular que recibía (16). En 1921, estalló la insurrección de los marineros del Kronstadt, de inspiración anarquista, que reclamaba por

el pleno establecimiento de normas democráticas en la vida política y contra el autoritarismo y las manipulaciones de los bolcheviques. Situaciones que buscaban revertir convocando a la construcción de una auténtica "asociación libre de obreros, campesinos y trabajadores intelectuales" (17). Después de un ultimatum firmado por Trotzky, la sublevación fue severamente reprimida por el ejército rojo.

Para la crítica anarquista, las antiguas formas de dominación social y política habían sido remplazadas por otras no menos despoticas. Todo aparecía en esas interpretaciones como una corroboración empírica de las tesis que, muchos años antes de la revolución rusa, Bakunin había defendido en sus objeciones contra Marx. Una elite que se había autodesignado como poseedora de una teoría científica del cambio social, organizada en un partido marxista, había destruido con sus prácticas estatales autoritarias todos los embriones de democracia y libertad a los que habían aspirado las clases populares rusas (18).

Un aspecto social importante que se convirtió en un nuevo rasgo típico del sistema que comenzaba a consolidarse, fue la creciente desigualdad en el nivel de ingresos entre funcionarios y obreros. En un primer momento, se había tratado oficialmente de evitar que se crearan nuevas capas privilegiadas. Pero, el interés en retener especialistas "burgueses" en distintos sectores productivos y, desde 1921, como fruto de las medidas de liberalización de la economía sancionadas en el programa de la NEP, se terminó aceptando la percepción de ingresos más altos por parte de determinados sectores de la población. En un contexto general de escasez económica, los funcionarios del Estado conocieron, también, una mejora de sus salarios, que tendían a equipararse con los de los especialistas "burgueses", al mismo tiempo que por su posición en la estructura de poder accedían a bienes y productos que se encontraban fuera del alcance del resto de la población (19).

Una vez pasados los primeros años de iniciada la experiencia soviética, le tocó a Lenin, en 1922, formular algunas fragmentarias, pero no por ello menos significativas, reflexiones críticas

sobre el nuevo sistema social. Como ocurre habitualmente cuando se piensa sobre una realidad aún teóricamente inexplorada, las metáforas aparecieron sustituyendo los vacíos conceptuales. Respecto a la dificultad de sus partidarios para manejar efectivamente el Estado según los proyectos que habían preconcebido, Lenin propuso una gráfica y sugestiva idea. Afirmó al respecto que "el Estado no ha actuado a nuestra manera" y lo comparó con un vehículo que se escapa "de entre las manos; al parecer hay sentado en él una persona que lo guía, pero el automovil no marcha hacia donde lo guían, sino donde lo conduce alguien, algo clandestino, o algo que está fuera de la ley, o que Dios sabe de donde ha salido, o tal vez unos y otros; pero el automovil no marcha justamente como se lo imagina el que va sentado al volante, y muy a menudo marcha de manera completamente distinta"(20).

Esa autonomización de las funciones estatales Lenin la ponía en directa relación con la falta de cultura de los comunistas que integraban la capa dirigente. Comparando la situación del nuevo poder político con las relaciones de conquista de un pueblo por otro, sostenía que "si el pueblo conquistador es más culto que el conquistado, impone a éste su cultura, pero si es al contrario, acontece que el vencido impone su cultura al vencedor" (21). Con estos términos alertaba a sus partidarios contra el peligro de ser asimilados y sometidos por los restos del viejo aparato burocrático. Si bien, en la reflexión global el voluntarismo optimista no desaparecía, en las observaciones citadas comenzaba a entretenerse un tipo de interpretación que en ningún momento Lenin llegó a sistematizar de forma completa. En el último período de su vida, expuso referencias críticas dirigidas contra Stalin, el burocratismo y el chovinismo gran ruso, fueron elementos que quedarían para el estudio de los soviólogos, pero que no supusieron ninguna modificación a la nueva configuración societaria cuyos rasgos característicos ya se encontraban cristalizados (22).

La dictadura de Stalin: de Trotzky a Khrushchev

Al nombre de Trotzky quedó asociada una de las críticas más sistemáticas del período en que Stalin gobernó la URSS. Primero en la lucha por la sucesión de Lenin y luego desde el exilio, Trotzky desarrolló sus análisis del surgimiento de la burocracia soviética y de las características que asumía el nuevo Estado(23). En sus argumentaciones combinó elementos tales como las condiciones internacionales, el atraso sociocultural de Rusia, y los problemas emergentes de la realidad post revolucionaria. En el primer orden de cuestiones, veía en la ausencia de transformaciones socialistas en los países más desarrollados, una situación que planteaba un obstáculo decisivo a la posibilidad de llevar a cabo los objetivos originarios de la revolución de Octubre. En lo interno, el desgaste producido por la guerra civil, así como el paso de los cuadros más politizados a ocupar funciones estatales, había creado un relativo reflujó en las iniciativas de la clase obrera. En condiciones de atraso y de penuria económica, los funcionarios se convertían en privilegiados. Al mismo tiempo, la necesidad de incorporar en la gestión económica y en los niveles medios del aparato estatal a una parte del viejo personal técnico, habría reintroducido modalidades ideológicas y de acción propias del período pre revolucionario. El surgimiento en el sector privado de capas económicamente privilegiadas, como consecuencia de la aplicación de la NEP, había fortalecido las tendencias a la burocratización.

En esas condiciones se habría configurado lo que Trotzky caracterizaba como un "estado obrero con degeneraciones burocráticas", Se trataba, en su opinión de formas parasitarias que bloqueaban el proceso de transición al socialismo, que, sin embargo, consideraba iniciado. En ese sentido criticaba a quienes veían la burocracia como una nueva clase social. En su perspectiva no cabía definirla como una clase, en la medida que no era propietaria de los medios de producción, y que sólo derivaba sus privilegios del

control estatal que ejercía sobre los mismos. No correspondía, en su opinión, entender a la URSS como un tipo de formación social original, sino como una situación precaria que no podía tener sino dos alternativas futuras: el retorno al capitalismo o, por el contrario, el desplazamiento de la burocracia mediante una revolución política.

Las ideas de Trotzky marcaron en gran medida el campo del debate sobre el carácter de la URSS. Si algunos de sus seguidores continuaron defendiendo sus tesis hasta nuestros días -el más conocido es el economista belga Ernest Mandel (24)- otros abrieron nuevas vías de reflexión planteando problemas que supusieron rupturas profundas con los planteos de su antiguo inspirador.

Anton Ciliga fue uno de los primeros marxistas que realizó una crítica completa de la experiencia soviética, al mismo tiempo que se distanciaba de las ideas trotskistas (25). Se trata de un dirigente comunista yugoeslavo, con formación intelectual de historiador, que vivió en la URSS entre 1926 y 1935. De ese período pasó los cuatro primeros años en contacto estrecho con los dirigentes del partido y del Estado, lo que por reacción lo llevó a simpatizar con la oposición trotskista, y los cinco posteriores encerrado en varias prisiones y confinado en Siberia.

Según los análisis de Ciliga, durante la década del veinte se produjo en la URSS un enfrentamiento entre tres modelos o propuestas de creación de sistemas sociales: 1) el de la burocracia, que era la construcción del capitalismo de estado; 2) el de la burguesía y de los sectores favorecidos por la NEP, que era el pleno reestablecimiento del capitalismo privado; 3) el de la clase obrera, que buscaba una efectiva creación de una sociedad socialista. Para Ciliga, la clase obrera había conseguido desbordar en un primer momento a Lenin y así había logrado que se adoptasen algunas medidas de tipo socialista. Luego, Lenin recuperó el control de la situación e impuso el proyecto del capitalismo de estado, con la burocracia como sector social privilegiado. Las críticas que formuló Lenin sobre el final de su vida, las interpreta como meras dudas sobre el mejor modo de construir el capitalismo de es-

tado.

Ciliga no adjudicó un valor primordial al problema de la ausencia de propiedad privada de los medios de producción, sino que a partir de los métodos de organización del trabajo y el rol de los productores directos en la gestión, definió a la URSS como una forma especial de capitalismo. Para él, el socialismo debía definirse como un nuevo tipo de relaciones entre los hombres. El carácter de la burocracia como clase dominante, lo explicó por los privilegios materiales y la cristalización de una ideología y una cultura, que la diferenciaba del resto de los sectores de la población. En la medida que definía a la burocracia como una nueva clase explotadora, para este autor sólo cabía postular un cambio a partir de una revolución social y no sólo política. Consideró que en las interpretaciones trotskistas sólo existía una crítica a las formas del sistema soviético y no a su contenido real. Más aún, en última instancia caracterizó a Trotzky como el ideólogo del régimen que realizaba Stalin.

Más radical en su interpretación fue Bruno Rizzi, un antiguo comunista italiano, que se aproximó a las posiciones trotskistas y que a su vez rompió con las mismas en un ensayo publicado en 1939, cuyo título era "La burocratización del mundo" (26). Más allá de su estilo hiper polémico y semipanfletario, el texto introdujo ideas nuevas que desbordaban la referencia al fenómeno stalinista. La tesis central de Rizzi era que el proceso soviético debía interpretarse como integrando una tendencia general, que llevaba a la formación de un nuevo tipo de sistema social, distinto del capitalismo sin ser socialista, y que denominaba "colectivismo burocrático". Este proceso entendía que se estaba también llevando adelante bajo otras formas ideológicas, en Italia, Alemania y Japon, es decir los países fascistas de la época. En todos los casos se trataba, según Rizzi, de modalidades de suplantación de las viejas burguesías por burocracias estatales. Para este autor, el caso soviético constituía el ejemplo más completo de este estilo de transformación social.

Desarrollando un razonamiento deductivo simple, pero pleno de

recursos argumentales, Rizzi construyó su interpretación de la sociedad soviética tratando de mantenerse dentro del paradigma marxista. Respecto a la cuestión de la propiedad de los medios de producción, sostenía que en Rusia se había pasado de la propiedad privada de la burguesía a la propiedad colectiva de la burocracia. El control del Estado permitía a la nueva clase asegurar su propiedad colectiva de los medios de producción. El régimen jurídico y la planificación centralizada no se encontraban en contradicción con sus intereses de clase, sino que, por el contrario, eran el modo de preservarlos. Más allá de sus formas intuitivas, la importancia de las ideas de Rizzi se halla en que inauguró uno de los más dificultosos espacios que podía abrirse a la reflexión marxista, la alternativa no prevista que después del capitalismo se construyese un tipo de sociedad que no era socialista.

Muchas ideas que se asemejaban a las de Rizzi, fueron luego formalizadas y ordenadas de modo más académico por James Burnham, quien publicó en 1941 su libro "Managerial Revolution" (27). Se trataba de un ex trotskista norteamericano que se propuso fundamentar una teoría de las sociedades post capitalistas. En ese contexto, el caso ruso, aún cuando se encontraba en el centro de sus preocupaciones, asumía el carácter de un ejemplo importante pero que estaba lejos de ser el único. Burnham coincidía con los marxistas en ver la inevitabilidad del fin del capitalismo, pero entendía que ese tipo de sistema sería sucedido por una sociedad managerial o directorial. En la misma, la clase dominante estaría constituida por los managers o directores que eran quienes controlaban los medios de producción y la administración de los sectores de servicios, aún cuando no eran los propietarios legales de los bienes y estructuras que dirigían.

Esa diferencia entre control y propiedad, que es en la actualidad plenamente aceptada y que cuenta a John Kenneth Galbraith entre sus más conocidos expositores (28), le sirvió a Burnham para articular una serie de hipótesis en las que se cuestionaba la idea de una supuesta necesidad del socialismo como sucesor del capitalismo. Del mismo modo que el feudalismo no fue seguido por

un sistema social en el que predominaron los "siervos", Burnham entendía que en la superación de una sociedad capitalista no serían los intereses de los obreros que adquirirían una posición de primacía. Una tercera clase, que se localizaba fuera de la dicotomía fundamental de los procesos productivos, los capitalistas urbanos en el fin del feudalismo y los "directores" en el caso de la sociedad capitalista, aparecían para Burnham como las nuevas clases dominantes.

El comienzo de la época de la sociedad directorial, o de la revolución sociopolítica que llevaba a la misma, el autor lo ubicaba en los años de la primera guerra mundial. Por condiciones históricas específicas, para Burnham ese proceso se encontraba ya realizado en Rusia, pero mostraba signos muy avanzados en Alemania e Italia, bajo regímenes no democráticos, pero también lo veía llevándose a cabo en las políticas favorables a la intervención estatal en la economía, encaradas por la administración del Presidente Roosevelt en los EEUU del New Deal. La característica común de todos esos procesos era la tendencia a la fusión entre la política y la economía. En el caso soviético, considerado como el de mayor desarrollo, este control directorial de la sociedad había asumido como forma la ideología comunista, en la que Burnham sólo veía una mera racionalización de los intereses de la nueva clase dominante, una propuesta discursiva con la que se trataba de ganar apoyos internos e influencias internacionales.

Al margen de la secuencia de interpretaciones que reconocían una cierta relación con las ideas de Trotzky, se desarrollaron toda una serie de críticas de izquierda de un tenor mucho más cuestionador, cuyos autores suelen ser englobados bajo la denominación genérica de "comunistas de los consejos". Constituido por un grupo no demasiado homogéneo de antiguos comunistas alemanes, integrado entre otros por Paul Mattick, Karl Korsch, Otto Rühle (o Karl Steuermann) y Helmut Wagner y el holandés Anton Pannekoek, que patrocinaron, sin mayor suceso, la creación de algunos nuevos partidos con programa obrero, así como el desarrollo de tendencias sindicales en Estados Unidos, país al que varios de ellos habían emigrado durante la década del treinta. En dicho país publicaron en-

tre 1934 y 1937 la revista "International Council correspondence for theory and discussion"; entre 1938 y 1941, otra denominada "Living Marxism" que luego cambió su nombre, entre 1942 y 1943, pasando a llamarse "New Essays", en las que expusieron, entre otros temas, sus posiciones sobre el problema que nos interesa (29).

Para estos autores, en la medida que definían la sociedad soviética como un capitalismo de estado, la ruptura de 1917, debía conceptualizarse como una revolución burguesa, realizada contra la burguesía que se había mostrado incapáz de cumplir con ese cometido histórico. En cuanto a los sectores sociales participantes en el proceso revolucionario, y a sus motivaciones, diferenciaban: 1) una amplia masa campesina, que fue la base social principal de la ruptura, que sólo aspiraba a acceder a la propiedad de la tierra, cuyo rol fue decisivo en tanto de ese origen social era la mayoría de los soldados, pero que carecía de un proyecto político para dirigir el proceso en su conjunto; 2) la clase obrera, que emprendía acciones de alta combatividad, y tenía iniciativas autónomas, pero que siendo numericamente débil no podía imponerse al campesinado; 3) los intelectuales revolucionarios de origen pequeño burgués, que actuaron como el cerebro del proceso "soldando" las revueltas impulsadas por los otros dos sectores mencionados.

Considerando las alternativas y alcances de los proyectos de esos sectores sociales, sostuvo Mattick que "las capas campesinas se calmaron después de la distribución de tierras, los obreros se reintegraron a las fábricas como asalariados. Los soldados retornaron a la vida civil, retomando su antigua condición de campesinos o de obreros... Para los bolcheviques comenzó en ese momento realmente el combate, con la victoria de la Revolución. Como para todo gobierno, el de los bolcheviques suponía la sumisión a su autoridad de todas las capas sociales" (30). Por su parte, Rühle (31) relacionó la formación de la burocracia no sólo con el carácter elitista del partido comunista, sino también con la aparición en la conducta de los sujetos de las motivaciones individualistas, que historicamente acompañan la abolición de las rela-

clases sociales de tipo feudal. A diferencia de lo ocurrido en los países de Europa Occidental, reflexiona el citado autor, en los que las iniciativas individualistas se canalizaron en la libertad económica, en Rusia, con la abolición del mercado esas conductas encontraron como lugar principal de realización el partido y el Estado, convertidos en las vías por excelencia de la movilidad social ascendente y de las aspiraciones de "triunfo individual".

La corriente analizada consideró, en términos globales, que los bolcheviques eran burgueses que se habían apropiado del discurso marxista. En ese sentido, Pannenkoek realizó una crítica a las concepciones filosóficas de Lenin, considerándolas una variante del materialismo burgués (32). El carácter de la URSS lo sintetizaban en los siguientes rasgos: nacionalista; autoritario; el rol de los dirigentes era equivalente al de la burguesía; con las relaciones salariales se mantenía el rasgo fundamental del sistema capitalista. En fin, entendían que no se trataba de la primera fase en la transición al socialismo, sino de la última etapa de la sociedad burguesa (33). En el contexto de las confrontaciones ideológicas de la segunda mitad de la década del treinta, Rühle caracterizó a la URSS como una variante de los totalitarismos de la época, sosteniendo que tenía múltiples rasgos que la asemejaban al fascismo (34).

Esta idea de relacionar la experiencia soviética con el fascismo conoció un amplio desarrollo en la ciencia política contemporánea, a partir del inicio del período de la guerra fría. Esa fue una de las hipótesis centrales de las llamadas teorías del totalitarismo. En 1951 se publicó un libro de Hannah Arendt, que se convirtió en un clásico sobre este tema (35). Esa autora se limitó a comparar específicamente los regímenes de Hitler y de Stalin, dado que consideraba que la situación de totalitarismo no se había iniciado inmediatamente después de la revolución rusa. Desde su perspectiva analítica, la atomización de la sociedad y el aislamiento total de los individuos aparecía como una condición básica del surgimiento de ese tipo de sistemas sociales. Este proceso de atomización lo veía en el caso soviético como el resultado de la política llevada a cabo en el curso de la década

del treinta, que suprimió a aquellos sectores sociales relativamente autónomos del Estado que se había constituido como resultado de la NEP y que eran potencialmente cuestionadores del nuevo orden político. La utilización del terror la relacionaba, también, con la búsqueda de efectos de aislamiento.

La propuesta de una visión del mundo, una Weltanschauung, para unificar a los individuos por encima de las clases, es otro de los rasgos comunes que se encuentra en este tipo de sistemas. El principio de la infabilidad del jefe, junto con la remisión a supuestas leyes de la naturaleza o leyes de la historia, según los casos, se articulan en discursos de carácter mesiánico, al mismo tiempo que acuerdan justificaciones a las más disímiles y contradictorias iniciativas. H. Arendt señaló, también, que los jefes totalitarios como Stalin gozaron de una indiscutible popularidad y crearon un sistema de lealtades que legitimaba su autoridad en el partido y el Estado. Corresponde destacar que esta autora no generaliza sus ideas a la URSS posterior a Stalin, ni al resto de los países de Europa Oriental. En ese sentido consideró que la cierta liberalización existente en el plano económico en algunos de esos países, así como las experiencias de autogestión realizadas en Yugoslavia, permitían reconstituir grupos y sectores sociales, lo que llevaba a superar la situación de atomización que constituye la principal condición objetiva sobre la que funcionan los sistemas totalitarios (36).

El régimen de Stalin no sólo fue objeto de análisis críticos como los sintetizados, sino que también recibió, durante años, amplios e incondicionales apoyos de quienes lo consideraban una especie de liberador y guía de la clase obrera internacional. En ese sentido, al menos, una etapa se cerró en el debate sobre la experiencia soviética con la publicación del denominado informe de Khrushchev al XX congreso del PCUS, de febrero de 1956, que se convirtió en la interpretación oficial del período stalinista (37). En torno a la idea del "culto a la personalidad" de Stalin se formuló una nueva versión de los sucesos ocurridos en la URSS en los treinta años anteriores a 1953. El otrora inalible jefe máximo

que presentado como un déspota, cuyos rasgos psicopáticos lo llevaban a cometer arbitrariedades. La represión y el terror en el seno del partido; los errores cometidos por el ejército soviético en la segunda guerra mundial; la crisis crónica de la agricultura; etc, constituyeron entre otras, responsabilidades atribuidas a Stalin según el mencionado informe. Se denunció, también, el rol negativo que había jugado en la época que finalizaba, el antiguo jefe de la policía secreta, Beria, del que textualmente se afirmaba que había sido "agente de un servicio de espionaje extranjero". Se señaló, además, que Lenin en su testamento, cuya publicación había sido prohibida por Stalin, aconsejaba que se lo excluyese del manejo del poder.

Cabe poner de relieve que en el informe de Khrushchev se pueden reconocer todas las referencias que fueron características del estilo de análisis stalinista: el héroe, aunque esta vez era negativo, que construye y es responsable de prácticamente todo; el agente del espionaje extranjero que consigue infiltrarse en los lugares más reservados del Estado; y, en fin, la cita legitimante de los pensamientos de Lenin. El problema se suponía resuelto, en la medida que sus causas eran encontradas en la personalidad de Stalin. No cabía, naturalmente, desde la perspectiva de Khrushchev remitirlo a la formación de elites, burocracias o nuevas clases sociales. Al mismo tiempo que se lo reconocía oficialmente, se lo catalogaba como un lamentable accidente de la historia.

Las iniciativas de Khrushchev, han sido explicadas por diversos autores, como un intento de dotar a la URSS de una mayor racionalidad, superando el clima de terror que fue propio al período precedente. Según afirma el cientista político norteamericano Merle Fainsod, fué una búsqueda de "un reajuste de los órganos políticos y administrativos, para adaptarlos a la etapa más madura de industrialización que el mismo Stalin tanto había contribuido a crear" (38). Las otras dimensiones del acontecimiento que caben destacar, fueron los efectos de introducción de una crisis en la vieja ideología monolítica que había presidido hasta entonces la vida política de la URSS y de Europa Oriental, lo que abrió la puerta a una cierta liberalización, sin que ello supusiese un cambio de fondo en el carácter de esos sistemas (39).

Análisis recientes en el Este y en el Oeste

Después de finalizada la segunda guerra mundial, en distintos países de Europa Oriental surgieron sistemas que se asemejaban al soviético y que dieron lugar al desarrollo de nuevas caracterizaciones críticas. Esos regímenes, cuya génesis era distinta a la de las condiciones de excepcionalidad que habían sido propias de la experiencia rusa, reprodujeron, sin embargo, la mayoría de sus rasgos. En términos generales puede sostenerse que en los análisis de esos países se hallan presentes muchos de los elementos conceptuales que hemos sintetizado anteriormente. Con algunas variantes particulares, los estudios en cuestión incluían como un factor de peso para la evolución de esos sistemas sociales, las eventuales respuestas de la URSS en tanto obstáculo para realizar posibles transformaciones democráticas del sistema político y de las sociedades de los países de Europa Oriental.

El texto denominado "Carta abierta al Partido Obrero Unificado Polaco" de Karol Mudzelewski y Jacek Kuron (40), que les ocasionó su exclusión del partido y su encarcelamiento, constituye uno de los estudios más interesantes realizados desde el interior de un país del Este, en face post stalinista. Estos autores sostienen que en Polonia existía una elite del poder partido/Estado, que denominan, la burocracia política central, que adoptaba sus decisiones fuera de todo control de la sociedad. En base a la propiedad estatal de los medios de producción, esa burocracia subordinaba a sus objetivos de clase el desarrollo de la economía nacional. Se trataba de una producción orientada a generar un excedente económico que les permitiese disponer de recursos suficientes no sólo para acceder a más bienes materiales en tanto capa social privilegiada, sino también para mantener una estructura de vigilancia y coerción, así como operar en la reproducción del discurso apologético del orden social existente.

En el proceso de formación del sistema estos autores consideran que la elite dirigente contó con un cierto grado de consenso, dado que en torno a la prioridad de las tareas de industrialización pudieron hacer converger los intereses de un amplio conjunto

de sectores sociales. Pero cuando la fase de creación de la base industrial finalizó, al no encararse mejoras de significación en las condiciones de vida de la mayoría de la población, los objetivos de la burocracia pasaron a estar en contradicción con los del resto de los sectores sociales. La coincidencia del fin de esta etapa económica, con la crisis internacional de la ideología stalinista, dió como resultado la agudización de las tensiones sociales, fenómeno que con mayor o menor amplitud ocurrió en, prácticamente, todos los países de Europa Oriental en la misma época.

Modzelewski y Kuron sostienen que la tendencia del sistema está caracterizada por la creciente disminución de la base social de la burocracia política central. Afirman al respecto que la burocracia no representa, tampoco, a la amplia capa de tecnócratas que dirigen la producción. Estos últimos, por su parte, se manifiestan como favorables a un cambio que desemboque en una especie de "poder de los especialistas". Frente a esas condiciones de acen- tuado aislamiento de la "elite del poder partido/Estado", sostie- nen que es posible plantear un proyecto basado en la defensa de los intereses de la clase obrera, que postule una democracia de consejos obreros y el establecimiento de un pluralismo de parti- dos que puedan expresar libremente las distintas opiniones y orien- taciones existentes en la sociedad polaca. Agreguemos, en fin, que ambos autores tomaron parte activa en el desarrollo del movimiento de democratización y organización sindical autónoma que conoció Polonia a partir de mediados de 1980.

Como Modzelewski y Kuron, Rudolf Bahro, un dirigente del par- tido comunista de Alemania Oriental, formuló un estudio crítico de su sociedad y fue enviado a una prisión. Ese tipo de consecuen- cia parece ser una constante. En ese sentido, afirma Alain Touraine, en la introducción de un libro de otro crítico de un país de Euro- pa del Este, que todo análisis de la sociedad "es amenazante para el poder del Estado absoluto, pues con el mismo se insinua en los espíritus la idea que la sociedad existe. Ahora bien, esta idea es en efecto subversiva puesto que conduce rápidamente a pensar que se puede mirar y comprender ese conjunto llamado sociedad des- de un punto de vista que no es el del Estado" (41).

Según Bahro, la realidad de los países del este no corresponde al tipo de idea de sociedad socialista presente en el pensamiento de los clásicos del marxismo (42). Entiende, por el contrario, que se trata de países que emprendieron lo que llama una vía no- capitalista de desarrollo económico. En la génesis de estos pro- cesos ubica los rasgos particulares de la experiencia soviética, de la que formula una interpretación original. Al respecto estima que la dinámica de los acontecimientos de 1917 deben explicarse acordando primacía al proyecto de ruptura con las potencias capi- talistas centrales de la época, y no por el nivel de intensidad de las contradicciones internas entre clases. Es en consecuencia que caracteriza a la revolución rusa no como socialista, sino co- mo una revolución anti-imperialista.

En un contexto económico que era predominantemente precapita- lista, la tarea encara da por los bolcheviques, más allá de lo que podían querer, no fue la construcción del socialismo, sino el desarrollo industrial bajo control del Estado. Los nuevos gobernantes no sólo heredaron una economía atrasada, sino también un apa- rato estatal fuertemente autonomizado de la sociedad, con caracte- rísticas de despotismo oriental o asiático. Para Bahro, lo que sucedió a partir de entonces era prácticamente inevitable. El pa- ternalismo "pedagógico y educador" del Estado frente a la clase obrera, se combinó con las amenazas externas y con el proyecto de alcanzar económicamente a los países del Occidente, lo que deman- dó niveles de exigencia desmesurados a los trabajadores y el so- metimiento a múltiples privaciones. Si bien Bahro justifica las situaciones en que se produjeron esas deformaciones del proyecto original, considera, sin embargo, que actualmente los países del Este alcanzaron un nivel de desarrollo económico suficiente que les abre la posibilidad, por primera vez, de iniciar el pasaje al socialismo.

El obstáculo principal para lograr ese objetivo se visualiza en la burocracia gobernante, en la que además ve un freno para la continuación del proceso de desarrollo económico y técnico, dado que lo esencial de sus comportamientos están centrados en la de- fensa y conservación de las posiciones que ocupa. Como alternativa a la actual elite dirigente y como posible agente de cambio so-

cial en los países del Este, Bahro considera que existe una intelectualidad, definida en sentido muy amplio, que se encuentra impedida de desarrollar todas sus potencialidades, por hallarse sometida al poder alienante del partido y del Estado (43). En un sentido más general, la contradicción básica en lo social, la localiza en los conflictos entre los intereses de la burocracia y los de la amplia mayoría de la población.

El carácter socialista de la sociedad soviética es totalmente puesto en cuestión por el economista francés Charles Bettelheim. Para este autor, la URSS es actualmente un "país capitalista de tipo particular", en el que no sólo existen relaciones sociales capitalistas sino que, además, predomina una variante de la ideología burguesa (44). Este autor coincide con la ya mencionada necesidad de no identificar las formas jurídicas de la propiedad con las relaciones de clase efectivamente existentes. Si se acepta el análisis marxista, afirma, debe considerarse que es a partir de las relaciones que se establecen en el proceso productivo que se asignan los lugares que ocupan los distintos agentes y sectores sociales. Por ello las modificaciones en las formas de la propiedad no constituyen de por sí el indicador de una transformación socialista de la sociedad. Lo decisivo, según Bettelheim, es que exista un cambio total en la organización y la forma de gestión del proceso productivo. Considerando ese aspecto de carácter cualitativo, el autor rechaza por creerla incorrecta la idea que supone que el proceso soviético iniciado en 1917 se habría visto bloqueado en su posibilidad de iniciar la transición al socialismo en virtud del insuficiente nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de la Rusia de la época. Por el contrario, sostiene que el modo en que fue organizada la economía, aún sin propiedad privada pero copiando el modelo de industrialización y de gestión de las relaciones de trabajo de las sociedades capitalistas no podía sino conducir a los bolcheviques a actuar como un "cuerpo de funcionarios del capital", definición que Marx utiliza para caracterizar a la burguesía. Convirtiéndose de ese modo en lo que Bettelheim denomina una "burguesía de Estado".

En base a los privilegios políticos y económicos que disponen, así como por la forma en que fue mantenido el carácter burgués de los aparatos escolares, se fue consolidando y reproduciendo esta

nueva clase capitalista. Bettelheim no considera que la experiencia soviética muestre un camino que fatalmente deba seguir todo proceso de transposición al socialismo. Es así que en su momento vio en la China maoísta una alternativa mucho más concordante con su idea de lo que debía ser ese tipo de cambio social. Sin embargo, las transformaciones que se iniciaron en China después de la muerte de Mao lo llevaron a criticar al país que hasta entonces había presentado como un modelo de vía hacia el socialismo.

Entre los aportes más innovadores producidos sobre la URSS en los países occidentales en los años recientes, cabe poner de relieve las contribuciones de Cornelius Castoriadis (44). Del muy amplio conjunto de temas abordados en sus análisis nos detendremos, un tanto arbitrariamente, en las últimas hipótesis que ha formulado para explicar el carácter de la sociedad soviética, ya que las mismas cobran especial interés en la actualidad (45). Las ideas propuestas remiten tanto a la estructura interna de la URSS, como a los roles que la misma tiende a jugar en el escenario político internacional.

Castoriadis sostiene que la Unión Soviética debe caracterizarse como un sistema estatal cuyo objetivo principal está centrado en preocupaciones de tipo militar y expansionista. Considera que se trata de un tipo de formación social absolutamente nuevo, en la que existe un predominio de una "subsociedad militar", entendiéndose por tal no sólo las Fuerzas Armadas, sino todo el complejo de actividades económicas y científicas que se estructuran en torno a las mismas. Esa "subsociedad militar" absorbe para su funcionamiento y permanente crecimiento, una gran proporción de los recursos materiales disponibles, así como del personal científico y técnico de mejor preparación. Tratándose del sector prioritario, se subordina a las necesidades del mismo, todo el conjunto de la economía. Se explicaría de este modo las causas por las que la URSS que tiene tantas dificultades para asegurar el abastecimiento normal del consumo de su población en bienes de uso corriente, puede, sin embargo, competir con tanto éxito en el plano militar con EEUU.

En fin, para Castoriadis, el predominio de esta subsociedad sobre el resto del sistema social, ha supuesto un deterioro de las

posiciones ocupadas por el partido, que tiende a quedar en una situación subordinada. En el mismo sentido, entiende que el viejo discurso ideológico oficial sostenido por dicho país asume básicamente funciones instrumentales.

Sobre los obstáculos ideológicos para el análisis de los países del Este

Las interpretaciones cuyos núcleos centrales hemos sintetizado muestran que la cuestión de la caracterización de los países del Este, es una problemática que está muy lejos de ser una "moda" o un interrogante pasajero. Como hemos visto, fue un tema que en ningún momento dejó de despertar polémicas en el curso de las seis últimas décadas. No es menos cierto, sin embargo, que han existido, y aún perduran, distintos obstáculos o dificultades conceptuales para analizar el carácter de las mencionadas sociedades. Los elementos ideológicos que en nuestra opinión tienen mayor eficacia para oscurecer las reflexiones sobre los países del Este, son los que genéricamente suelen integrar las denominadas concepciones del marxismo "vulgar", que muy poco tienen que ver con las ideas, por cierto más complejas, que sistematizó Marx. De esa visión ideológica nos interesa destacar tres aspectos: el formalismo jurídico, el economicismo y la interpretación determinista de la historia.

1) El formalismo jurídico, que piensa las relaciones reales a partir de lo jurídicamente establecido, ha sido, como hemos visto, objeto de múltiples y acertadas críticas. El supuesto básico de este tipo de análisis es que la realidad de los países del Este puede interpretarse a partir de los textos constitucionales. Tal reconciliación de lo real con lo jurídico, difícilmente puede aceptarse como base de una explicación adecuada. Como coincidimos con las observaciones planteadas al respecto por algunos autores antes expuestos, consideramos innecesario retomar las críticas a estas ideas.

2) Ligadas al equívoco jurídicista, pero sin ser idénticas en sus determinaciones ideológicas, se encuentran las reducciones

economicistas de las desigualdades sociales. En este caso se tiende a absolutizar la importancia de lo económico para definir los sectores sociales. Se ocultan así todos los efectos de desigualdad social emergentes de estructuras distintas a la económica. Sin embargo, fue justamente a partir de la distribución desigual del poder que se crearon en la historia las sociedades más jerarquizadas. El ejemplo de las formaciones sociales en las que predominaba el modo de producción asiático, en las que no existía propiedad privada de los medios de producción pero que no por ello eran sociedades igualitarias, constituye una referencia básica al respecto (46). En las relaciones asimétricas de poder se localizan fundamentos para la constitución de desigualdades sociales, cuyo carácter es distinto, pero no por ello teóricamente menos conceptualizable, que el basado en las relaciones de propiedad.

3) La interpretación determinista de la historia, que es otro aspecto característico del "marxismo vulgar", en la que se supone que una sociedad capitalista sólo puede ser sucedida por otra de tipo socialista, constituye otro obstáculo importante para analizar la realidad de los países del Este. Tal modo de pensar se encuentra, también, en el discurso oficial de los mencionados países, en los que como señala Agnes Heller "la elite del partido dirigente ha legitimado su poder a partir de la "única ciencia auténtica", y de su conocimiento exclusivo de las "leyes motoras" de la sociedad (47). Que un proceso histórico concreto desemboque en un tipo de sociedad que ya no sea capitalista, sin por ello corresponder a lo que teóricamente se había prefigurado como socialismo, aparece así como ideológicamente impensable.

La posibilidad que el socialismo sucediese al capitalismo, era para los fundadores del marxismo una hipótesis basada en un razonamiento lógico del desarrollo de las contradicciones propias al modo de producción capitalista, y que empíricamente aparecía como en vías de confirmarse en la acción de la clase obrera europea de la época. Pero, esas proposiciones teóricas eran radicalmente distintas a las formulables en la mayoría de las disciplinas científicas. Tomemos un ejemplo simple. La tierra era redonda con independencia de la acción de quien la demostrase. Tampoco sus movimientos dependían de las investigaciones de Galileo ni,

menos aún, de las opiniones de sus contemporáneos. Su redondez y sus movimientos, creaban la posibilidad material que alguien pensase el respecto. Con los procesos históricos, no ocurre lo mismo. Es el estudio de las experiencias concretas lo único que puede demostrar la adecuación de una hipótesis formulada sobre el posible camino a tomar por los cambios sociales. Por el carácter de sus premisas, en la interpretación determinista aparece como forzoso definir a los países del Este como socialistas más o menos desviados o como capitalistas atípicos.

Ambos tipos de caracterizaciones parecen igualmente objetables. En primer lugar, es notorio que si se comparan las estructuras sociales y políticas de los países del Este, con los proyectos y aspiraciones de los movimientos políticos que históricamente prefiguraron el ideario llamado socialista, las diferencias no son sólo de forma, sino que son de contenido. Por otra parte, ningún dato empírico permitiría afirmar que dichos países se encuentran en procesos intermedios de una vía encaminada hacia esos objetivos. En segundo lugar, la alternativa de definirlos como un tipo de capitalismo, es igualmente equívoca. Una sociedad no es capitalista sólo por el carácter de las relaciones de producción predominantes. Es necesario que frente al capital existe el trabajador libre. Que no sólo haya explotación del trabajo asalariado, sino que, además, el capital dividido en fracciones, se movilice siguiendo una lógica de maximización de las ganancias y no las decisiones de los planificadores del capital total nacionalizado. En síntesis, las combinaciones de elementos presentes en los países del Este, en lo económico, en lo político y en lo ideológico, aparecen como lo suficientemente originales, para cuestionar toda interpretación determinista. Por el contrario, permiten sostener que se trata de un tipo de formación social que no corresponde a lo que formal e históricamente se caracterizó como capitalismo, ni, tampoco, a lo que idealmente estaba prefigurado en los proyectos de las ideologías socialistas.

El redescubrimiento de la democracia

Sería equivocado suponer, como lo hizo Burnham siguiendo un razonamiento de tipo determinista, que lo ineludible es el surgimiento de nuevos sistemas sociales en los que predominará el poder estatal sobre las iniciativas emergentes de la sociedad civil. Si esa tendencia es reconocible en el mundo contemporáneo, no cabe, sin embargo, atribuirle un carácter de fuerza natural cuya realización sea inevitable, y frente a la cual no existan opciones diferentes. La posibilidad de construir la propia historia y de aprender a partir de las experiencias de otras sociedades, es una alternativa que han tenido siempre los actores que se propusieron realizar cambios sociales. Al respecto es sugerente la posición expuesta por un historiador francés, Jean Eliestein, miembro del partido comunista, que ha sostenido que la Unión soviética lejos de constituir un ejemplo a imitar es, en lo sustancial, exactamente lo contrario. Es decir, la URSS es un antimodelo que muestra a los partidarios del socialismo lo que debe evitarse o lo que no debe ser la sociedad que desean edificar (48).

En los últimos años las reflexiones críticas sobre las realidades existentes en los países del Este, se han asociado directamente con la importancia creciente asignada a la preservación y ampliación de la democracia como componente inseparable de cualquier proyecto que se proponga una transformación de la sociedad favorable a los intereses de las clases populares. La idea que los principios democráticos de organización de las relaciones sociales y políticas solo son formales o que son una ficción creada por las clases dominantes para encubrir sus intereses, ha perdido en la actualidad buena parte de sus seguidores. Sobre este tema se había establecido una confusión que pretendía ignorar que la puesta en vigencia y el desarrollo de lo que comúnmente se conoce como los derechos democráticos, fue el producto histórico de las luchas sociales de los sectores populares, y no de una concesión espontáneamente acordada por las clases dominantes o por el Estado (49). El sufragio universal o el derecho de asociación sindical, para nombrar sólo algunos, fueron el resultado de proplongadas reivin-

dicaciones de las clases populares. Lo que, por el contrario, fue una característica de las iniciativas de las clases dominantes, fue tratar de limitar estos derechos democráticos por la vía de la acción estatal.

El fenómeno de control de la sociedad por el Estado en los países del Este debe explicarse, principalmente, por la supresión de las regulaciones políticas democráticas. En esas condiciones, la lógica del funcionamiento de los aparatos estatales se impuso por encima de las intenciones y proyectos de quienes buscaban cambiar los anteriores sistemas de relaciones sociales. Por eso, el problema está erróneamente planteado si se lo reduce a los originarios buenos o malos objetivos de las burocracias o de las elites del poder de esos países. Tampoco la cuestión se puede resolver atribuyéndola a los textos que pudieron haberlos inspirados. Eso sería equivalente a querer explicar las prácticas del general Pinochet por las teorías de Adam Smith.

En su época inicial, el Estado que asumió un proyecto que lo enfrentaba a la sociedad y al entorno internacional, buscó asegurar, prioritariamente, el control político interno, las tareas militares y la regulación de la economía. Todas estas funciones se asemejan a las realizadas por los estados de las sociedades capitalistas, pero, con la gran diferencia que se encuentran comparativamente sobredimensionados. La supresión de una vida política democrática llevó al crecimiento desmesurado de los aparatos de censura, represión y seguridad interna. Las iniciativas bélicas ofensivas y defensivas, a la consolidación de grandes aparatos militares. La nacionalización de los principales recursos económicos, a la creación de inmensos aparatos de planificación.

En esas condiciones, al no haber elecciones democráticas de autoridades, al cancelarse toda forma de participación popular en la gestión de lo social, al estar impedida la mayoría de la población de organizarse libremente y reivindicar sus demandas sectoriales, la lógica de reproducción y ampliación de los aparatos estatales, y los intereses de los sectores que los controlan, asumieron una total autonomización y aspiraron a lograr la plena dominación de sus respectivas sociedades. Si para los fundadores de las teorías del socialismo, el Estado debía tender a desaparecer como instan-

cia de dominio político separada de la sociedad, en los países del Este, con la supresión de los derechos democráticos, ocurrió exactamente lo contrario. Es decir, se buscó suprimir todo poder de decisión de la sociedad, para dejarlo reservado a la exclusiva esfera del Estado.

Bibliografía citada.-

Nota: Los libros citados en otro idioma, pero que tienen traducción al español, están señalados con un signo(+).

- 1.- Moore, B. "Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia" Barcelona. Ediciones Península. 1973. p. 421.
- 2.- Lenin V.I. Obras completas IV edición. Tomo XXXIII, p. 273 (subrayado de R.S.)
- 3.- Lenin, V.I. "Problème de l'édification du socialisme..." (+). Moscou. Progrès. 1968. p. 56.
- 4.- Sobre la lógica de esta concepción de la acción política ver Lukacs, G. "La pensée de Lenin" (+) Cap. II y III. Paris Denoël, 1972 y para su crítica ver, entre otros, Julliard, J. "Contre la politique professionnelle". Paris, Seuil, 1977.
- 5.- Carr, E.H. "The Bolshevik Revolution" (+) T. I, London. Macmillan. 1950. Chap. VIII.
- 6.- Ibidem.
- 7.- Ibidem.
- 8.- Ferro, M. "Des soviets au communisme bureaucratique". Paris. Gallimard/Julliard. Col Archive, 1980. p. 237.
- 9.- "Einstein, J. "Histoire du phénomène stalinien". Paris. Grasset, 1975, p. 13.
- 10.- Ulan, A. "Les bolcheviks" (+) Paris. Fayard. 1973. p. 496.
- 11.- Brinton, M. "Los bolcheviques y el control obrero 1917-1921. El Estado y la contrarrevolución". Paris. Ruedo Ibérico. 1972.
- 12.- Lenin, V.I. "Sur l'infantilisme de gauche" in "Problèmes de l'organisation de l'économie socialiste". Moscou. Ed. Progrès. p. 173 (subrayado R.S.).
- 13.- Queirola, J. "Le chef d'orchestre à la main de fer. Leninisme et Taylorisme" in Recherche 32/33. Paris, Septembre 1978.
- 14.- Ver Holontai, A. "La oposición obrera". Barcelona, Anagrama 1976.
- 15.- Luxemburg, R. "Oeuvres II (écrits politiques 1917-1918) (+). Paris. Maspéro. 1971. pp. 82-83.
- 16.- Ternon, Y. "Makhno, le revolte anarchiste". Bruxelles. Ed. Complexe. 1981.
- 17.- Avrich, P. "Tronstadt 1921" (+). Princeton. Princeton University Press. 1970.
- 18.- Avrich, P. "Les anarchistes russes" (+). Paris. Maspéro 1981.
- 19.- Ver Bittelheim, Ch. "Les luttes de classes en URSS" (+). T.I. Paris, Seuil-Maspéro 1974. pp. 142-147.
- 20.- Lenin, V.I. "O.C." Ed. IV. T. XXXIII p. 255.
- 21.- Ibidem p. 264.
- 22.- Ver Lenin, M. "Le dernier combat de Lenine" (+). Paris. Minuit 1967.
- 23.- Ver entre otras obras de Trotsky, L. Trotsky, L. "La Révolution trahie" (+) in "De la Révolution". Paris. Minuit. 1967; también Baechler, J. "Politique de Trotsky". Paris. Armand Colin. 1968. Seguido de una antología de textos de Trotsky. Para una crítica de las concepciones de Trozky ver Lefort, G. "¿Qué es la burocracia". Paris. Ruedo Ibérico. 1970 pp. 23-44.
- 24.- Ver particularmente el debate Sweezy, P.- Mandel, E. in Revista Mensual - Monthly Review. Diciembre 79. Vol 3, Nº 5. Barcelona.
- 25.- Ciliga, A. "Au pays du mensonge déconcertant". Paris 10/18. Union Générale d'éditions. 1977.
- 26.- Rizzi, B. "La burocratización del mundo" Barcelona. Ediciones Península. 1980. Es la edición más completa y tiene dos interesantes notas a modo de prefacio y de postfacio de Salvador Giner y de Juan Ramón Capella respectivamente.
- 27.- Burnham, J. "La revolución de los directores" Buenos Aires. Sudamericana. 1967.
- 28.- Galbraith, J.K. "El nuevo estado industrial". Madrid. Seix Barral. 1969.
- 29.- De estas publicaciones existe una recopilación en francés publicada bajo el título "La contre-révolution bureaucratique". Paris. Union Générale d'éditions. 1973.
- 30.- Mattick, P. "Stalinisme et bolchevisme" Escrito en 1947 y republicado en Huhn, W. "Trosky le Staline manqué". Paris. Spartacus. 1981. p. 13.
- 31.- Fühle, O. "Fascisme brun, fascisme rouge". Paris, Spartacus. 1975. p. 26.
- 32.- Fannerkock, A. "Lenine philosophe" (+). Paris. Spartacus. 1970.
- 33.- Fühle, O. in "La contre-révolution..." pp. 261-280.
- 34.- Fühle, O. "Fascisme brun..." op. cit.
- 35.- Arendt, H. "The Origins of Totalitarianism" (+). New York. Harcourt, Brace. 1966.
- 36.- Arendt, H. "Du mensonge à la violence. Essais de politique contemporaine". Paris. Calman-Lévy. 1972, pp. 221-255.
- 37.- Khrushchev, N.S. el texto con documentos anexos en Lazitch, B. "Le rapport Khrouchtchev et son histoire". Paris. Seuil. 1976.
- 38.- Fainsod, M. "Burocracia y modernización: el caso de Rusia y el Soviet" in La Palombara, J. "Burocracia y desarrollo político". Buenos Aires. Paidós. 1970 Edición original Princeton University Press.
- 39.- Sobre los cambios en los países de Europa Oriental ver entre otros, Konrad G. y Szelenyi, I. "La marche au pouvoir des intellectuels. Le cas des pays de l'Est". Paris. Seuil. 1979. pp. 195-218; y Feher, F. "Le Kadarisme comme Etat modèle du khrouchtchevisme" in Heller, A. et Feher, F. "Marxisme et démocratie". Paris. Maspéro. 1981.
- 40.- Modzelewski, K. y Kuron, J. "Socialismo o burocracia"? Paris. Ruedo Ibérico. 1968.
- 41.- Touraine, A. Préface à "Le marxisme face aux pays de l'Est". Italy. Savelli. 1977.
- 42.- Bahro, R. "La alternativa" Madrid. Materiales-Alianza. 1977.

- 43.- Sobre Bahro ver la discusión publicada en "A l'Est du nouveau". Paris. Syros. 1980.
- 44.- Bettelheim, Ch. op. cit. y Bettelheim Ch. y Chavance, B. "Le stalinisme en tant qu'idéologie du capitalisme d'Etat" in Les Temps Moderns Nº 379. Mai 1979. Paris.
- 45.- Castoriadis, C. "Devant la guerre". T.I. Paris Fayard 1981. En castellano existe una selección de artículos anteriores de este autor; bajo el nombre Cardan, P. "Capitalismo moderno y revolución" Paris. Ruedo Ibérico. 1970.
- 46.- Al respecto afirma Melotti, que la "peligrosa consonancia" entre la forma de despotismo asiático y la sociedad soviética, habría sido uno de los motivos que llevó a la URSS a tratar de suprimir de "un golpe de esponja ideológico" ese concepto. Melotti, U. "Marx y el Tercer Mundo". Buenos Aires. Amorrortu. 1974. p. 19
- 47.- Heller, A. op. cit. p. 119.
- 48.- Elleinstein, J., introducción a Voslensky, M. "La Nomenklatura. Los privilegios en URSS". Paris. Pierre Belfond. 1980 p.26
- 49.- Sobre las regulaciones democráticas de las relaciones políticas, ver los interesantes planteos de Lefort, C. "L'invention démocratique. Les limites de la domination totalitaire". Paris. Fayard. 1981. pp. 145-157